

SIGLO PINTORES

Tomo 1:

MADRID. 1845.



MADRID,

ESTABLECIMIENTO DE GRABADO E IMPRENTA DE D. VICENTE CASTELLO,
Calle de Hortaleza, número 82.

1845.

~~16227~~ EL

SIGLO PINTORESCO,

PERIODICO UNIVERSAL

ameno é instructivo al alcance de todas las clases.

FUNDADO Y PUBLICADO

POR DON VICENTE CASTELLO,

DIRIGIDO POR EL MISMO EN LA PARTE ARTISTICA

Y EN LA PARTE LITERARIA

POR DON FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA

Y D. M. M. BARTOLOMÉ.

TOMO I.



MADRID,
ESTABLECIMIENTO DE GRABADO É IMPRENTA DE D. VICENTE CASTELLÓ,
Calle de Hortaleza, número 82.

1845.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España



INTRODUCCION.



Un periódico mas, puede compararse hoy á una gota de agua que se agrega al piélago insondable de producciones literarias que inundan el mundo entero: un periódico mas es por consiguiente mirado con prevencion, como predestinado naturalmente á bullir durante los breves días de su existencia en ese vértigo profundo, donde se agitan en hormigueo continuo tantas publicaciones reputadas por insignificantes. Sin embargo, el siglo en que vivimos habrá de distinguirse mas bien por el armonioso conjunto de pequeños y parciales esfuerzos, que por el violento y eficaz empuje que deba darle la mano robusta de una superior inteligencia. Los siglos anteriores estan personificados en una existencia gigantesca, que ya por la lumbré del genio, ya por el estruendo de sus armas victoriosas, ya por la estension de su inmenso poderio, ofusca, ensordece, ó confunde á las inteligencias inferiores, que flotan desapercibidas á manera de pequeños esquifes entorno de un navio empavesado. Los géneos otras veces se apiñan á la sombra de un trono, dando grandeza y celebridad á la persona augusta que sentada en él les tiende su manto protector. Así Leon X y Luis XIV han dado nombre á su siglo. Ninguna de estas celebridades puede adquirirse al presente. El mérito y el talento carecen de un foco que les alimente y vivifique: estan derramados, sobre la faz de la tierra. Su patria es el mundo, y la publicidad el lazo que los une.

Ni el mismo Napoleon ha podido cohibir al siglo presente bajo las álas del águila imperial; porque si bien pudo esta encumbrarse sobre cien tronos, la revolucion se cernia mucho mas altanera, y el eco de sus rugidos ensordecia aun la voz de las pirámides, y el trueno de los cañones de Austerlitz.

Pero esta reunion maravillosa de géneos, de talentos y de medianías que diseminados por el globo todos instintivamente se dirigen á un mismo fin; ese torrente del progreso de la humanidad que arrastra y envuelve á grandes y pequeños; donde nadie puede detenerse, nadie puede sobresalir ni contener á los que vienen en pos sin ser arrastrado y confundido, aun cuando logre sorprender un momento, por el ciego impulso irresistible que

le precipita en el golfo comun, que todo lo traga, como traga y liquida toda clase de metales, el horno inmenso donde se funde una campana colosal; todo esto en fin, es la tendencia de un siglo, que no se distinguirá por lo eminente, sino por lo mucho; mas bien por la cantidad que por la calidad de los ingenios.

Hé aquí la razon por qué un periódico mas es un nuevo impulso, un nuevo paso en la senda de la ilustracion progresiva de la sociedad humana: es un átomo si se quiere del elemento civilizador de nuestro siglo, de la discusion: un nudo mas en el lazo de la publicidad.

Y si este periódico se engalana profusamente para tener mayores atractivos, con la riqueza y esplendor que prestan las bellas artes á las producciones de la prensa; si este periódico, hijo del noble afán de contribuir á la ilustracion española, no de un sordido interés, ni de una mezquina especulación; despues de haber observado la marcha que publicaciones del mismo género siguen en Alemania, en Inglaterra y Francia; rival de ninguna, émulo de todas; á la sombra de sus lujosos atavíos y de su extraordinaria baratura, logra propagar y estender en todas las clases de la sociedad la afición á los estudios sólidos y lecturas amenas; si este periódico cuyas miras desinteresadas son tan solamente las de existir para ilustrar, no encierra en su seno el gérmen de una muerte irremediable y pronta; no es una de tantas publicaciones efímeras, que como la rosa de los verjeles, nacen y mueren con el día; este periódico por humilde que sea, habrá hecho un bien al país. Y si este periódico, ó mas bien, si este nuevo libro, que de libro tendrá mas que de periódico, acierta á llenar sus páginas con artículos de elevadas tendencias, de sanas doctrinas y de rígida moral, en armonía con la moral, doctrinas y tendencias verdaderas del siglo, esta gota de agua, volviendo á la primera comparacion, será no tan solo pura, sino purificadora de las demás.

A conseguirlo se dirigirán nuestros mayores esfuerzos, poniendo al público por juez y aplazando su decision para mas adelante. Pero entre tanto queremos desenvolver, aunque rápidamente, el espíritu que ha de animar á esta obra, que no será un almacén desordenado de producciones que mutuamente se rechacen, sino una serie de artículos enciclopédicos, tan metódica como pueda serlo una revista mensual, y firmada por nuestros principales autores, con el sello de unidad de pensamiento tan necesario en toda clase de obras que se escriben y publican concienzudamente.

Marcar en un libro los sublimes arranques y gloriosas conquistas del pensamiento humano, consignando á la par los errores ó extravíos en que incurre con sobrada frecuencia por exceso de lozanía: fijar los grandes sucesos de la época, y hacer que el tiempo no pase tan velozmente, por decirlo así, que no deje estampadas aquí sus huellas; y á la par que se presenta el cuadro de nuestros hechos, de nuestros descubrimientos y de nuestras costumbres, compararlo con los hechos, con los descubrimientos y costumbres de nuestros padres; tal es el objeto filosófico de esta obra.

Para llevarlo á cabo, hemos reunido los dos grandes

elementos de la bibliografía moderna: la imprenta y el grabado; es decir, el lenguaje del entendimiento y el lenguaje de los sentidos.

Desde luego podemos anunciar que el espíritu del SIGLO PINTORESCO, será religioso, será cristiano; porque si la religion es el lazo que une al cielo con la tierra, el cristianismo, es el vínculo que une á los hombres entre sí, y á la humanidad entera en el regazo del Señor. El cristianismo, raudal perenne de inspiracion, fuente fecunda de caridad social, debe ser forzosamente el símbolo de un siglo, que como antes hemos manifestado, nada es individualmente, y es todo cuando obedece á los impulsos de la humanidad.

¿Qué hace el cristianismo sino dar un precio, un valor infinito á las virtudes modestas que exhalan sus perfumes en el seno escondido de las familias, como las violetas en las grutas frondosas de los rios? ¿Qué hace el cristianismo sino convertir un solo suspiro que arranca la compasion á un pecho generoso, no solo en beneficio del individuo, sino en beneficio de toda la comunión de los fieles?

¿Quién puede detener mil veces el brazo de la cólera divina, ya estendido sobre el orbe amedrentado? ¿Quién? La humilde oracion de una pobre religiosa, que desde el olvidado recinto de su celda, los ángeles trasportan hasta los oídos del Señor. El que Dios vuelva sus ojos en el momento tremendo de su justicia hácia el alma pura y resignada de una pobre madre de familia, que mientras sus hijos la piden el pan, de que carece, ruega al Padre de misericordias por el rico insolente que desde su opipara mesa arroja á sus canes repletos los mas costosos y exquisitos bocados.

¿Qué hace la sociedad humana sino dar valor y precio infinito á los esfuerzos separados de la inteligencia, acumulando insensiblemente un inmenso caudal de ilustracion y de doctrina para construir el edificio sólido y perdurable del siglo venidero? Hé aquí, pues, cómo el dedo de la Providencia prescribe al siglo la marcha del cristianismo; y cómo la humanidad entera, cuyos triunfos son lentos, pero seguros, acabará por no tener mas que un altar para adorar á un mismo Dios.

Sin embargo, nosotros hablaremos de religion como puede hablar un periódico ameno y exclusivamente literario; mas bien por los sentimientos, que por la controversia; mas por el instinto de la belleza, que por la fuerza del raciocinio. Otras publicaciones cumplirán su mision defendiendo el dogma; la nuestra tratará de llenar su deber buscando lo bello, lo dulce y civilizador de la moral cristiana; especie de perfume suave y deleitoso que exalarán todas las páginas de esta obra.

El espíritu del SIGLO será eminentemente social, ya que tan profundamente se remueven en nuestros días estas ideas; como quiera que á nuestro modo de entender todas esas cuestiones de la organizacion del trabajo, del pauperismo, de la reforma de la legislacion penal y del sistema carcelario, no son en el fondo mas que la caridad cristiana aplicada á diferentes clases y establecimientos de la sociedad civil. Sin embargo, aunque el objeto con que se pongan á discusion sea laudable, sea

santo, hay su peligro en entrar en ellas sin la debida preparacion, y las exageraciones de escritores socialistas pueden conducirnos á extravíos peligrosos, cuya indicacion será uno de nuestros principales deberes. A la par de sublimes esfuerzos notaremos con frecuencia magníficos delirios, y á la par de fecundas aplicaciones prácticas, bellas, pero irrealizables utopías. ¡Triste destino del hombre, que no ha de poder distinguirse por sus aciertos, sin hacerse notable por sus errores!

Nuestro lenguaje, sin embargo, aun cuando ventilemos grandes y profundas cuestiones, será sencillo y acomodado á la inteligencia de todos los talentos medianamente cultivados. Mal podríamos de otro modo conseguir nuestro objeto de estender y popularizar la lectura de escritos serios y amenos, introduciendo este periódico en el seno de las familias, para fortificarlas en sus creencias y disminuir sus ratos de ocio y de fastidio.

Con este objeto alternarán en las páginas del SIGLO PINTORESCO, los artículos de estudios serios y profundos con los de mero recreo y amenidad, y en todos ellos interrumpirán con frecuencia la lectura preciosos grabados que dirigirá el distinguido artista D. VICENTE CASTELLÓ, cuyo delicado buril ha hecho populares en España otras publicaciones de este género.

El SIGLO PINTORESCO principiará siempre por uno ó dos artículos de literatura, de historia, ó de economía social; seguirá despues alguno de costumbres, novelas y poesías originales modernas ó inéditas de nuestros antiguos

escritores, de los cuales tenemos una preciosa é inestimable coleccion que iremos dando poco á poco á nuestros lectores; y por último, una revista mensual de todo el globo, y principalmente de España, en la cual daremos retratos de los personajes y escenas, y vistas de los edificios y objetos materiales que mas hayan llamado la atencion durante el mes. Esta revista principiará todos los números con la alegoría del mes á que se refiera, siempre distinta; porque ni repetiremos jamás un grabado, ni este habrá servido nunca para otra publicacion española ni extranjera. En esta parte ninguna otra obra llevará en España ventajas á la nuestra: podrán igualarle algunas pero jamás escederle.

Hemos podido hablar de esta y otras cosas con tanta mas seguridad cuanto que este no es un prospecto, es un prólogo: no se anticipa á la obra con ánimo de sorprender la buena fé de los aficionados á las bellas artes y letras españolas: no precede al primer número como heraldo que se adelanta á publicar las glorias de su señor, ni aturde como el empirico con su charla impertinente antes de vender sus no experimentados remedios; sino que sale al mismo tiempo que la obra, como guia prudente que al dar el primer paso en un terreno desconocido para los que conduce, hace de él una descripcion rápida y exacta para animarlos á emprender el viaje ó hacerles desistir de su empeño.

F. NAVARRO VILLOSLADA.

VIDA

DE SAN IGNACIO DE LOYOLA,

Y ORIGEN DE LA COMPAÑIA DE JESUS.



Cuando toda la Europa se ocupa con interés de los Jesuitas; cuando sus principios y tendencias son asunto de general discusion; cuando todos estan atentos á los recientes y rápidos progresos de esta Compañía tan frecuentemente abatida y ensalzada, nos parece oportuno presentar á nuestros lectores una lijera biografía de su fundador y compatriota nuestro, al par que una rápida ojeada sobre la historia del origen y primeros pasos de su Orden.

El antiguo castillo de Loyola, la casa feudal de Iñigo Lopez de Recalde, situada en el ameno y pintoresco valle de aquel nombre, entre las villas de Azpeitia y Az-

coitia y sobre la orilla derecha del Urola, fue la cuna de Ignacio. En ella nació por los años de 1491, tan preñados de acontecimientos y principio de una nueva era de civilizacion y adelanto para el mundo entero. Sus padres, deseosos de verle emprender la noble carrera de las armas, le enviaron jóven aun á la corte de Fernando é Isabel, á fin de que se instruyese en su ejercicio y completase su educacion con el trato y galantería de la nobleza de Castilla y Aragon. Poco tiempo le fué necesario para sobresalir en ambos conceptos. Dotado de imaginacion viva, y ardiente temperamento, se distinguió en las armas muy en breve, aplicando aquel ingenio, que á tan opuestos fines estaba destinado, á la composicion de poesías galantes y amorosas. Pasó su juventud en estas ocupaciones hasta que á los 30 años de edad, su deber le llamó á Pamplona para defenderla contra el ejército francés que en 1521 envió á Navarra Francisco I. Durante todo el sitio Ignacio dió pruebas de entendido oficial y bizar-

ro soldado, pero quiso su suerte que hallándose en la brecha, una piedra arrancada por bala de cañon, le rompiese una pierna é hiriese la otra gravemente. ¡Rara circunstancia, cuyos efectos no era posible calcular! Porque ¿quién hubiera podido sospechar que aquellas heridas serian la causa de grandes acontecimientos y trastornos sociales, y que sus resultados influirían notablemente en el destino de los pueblos?

Despues de la entrega del castillo que se verificó pocos dias despues, el oficial Loyola tuvo que someterse á una cura lenta y tardía, volviendo, segun se asegura, á su castillo de Guipúzcoa. Siguióse una larga convalecencia motivada por el deseo vehemente que manifestaba el herido de conservar la perfecta simetría de su pierna, y por haberse sometido á una segunda operacion, hecha con el fin de evitar un defecto producido por la mala colocacion de un hueso. Durante este tiempo y para evitar el tedio de la ociosidad, hubo de pedir algunos libros de caballería, pero se le proporcionaron en su lugar vidas de santos y otras obras ascéticas y de devocion. Leyólas el soldado con curiosa ansiedad; admiró el celo de aquellos santos varones; simpatizó con sus padecimientos; les envidió su gloria, y aspiró por fin á su eterna recompensa. De este modo emprendieron sus pensamientos y deseos una nueva senda, una campaña espiritual que acometió desde luego con su ardor natural avivado por una devocion casi frenética.



Dejó su lecho con la firme resolucion de renunciar á todos los placeres y vanidades del mundo para consagrarse al servicio de Dios. Su resolucion, empero, debía costarle grandes esfuerzos y dolorosos embates. Anhelaba con ardor la gloria militar; estaba ciegamente enamorado; y sus afectos terrestres eran tan violentos, como su temperamento fogoso y ardiente. En esta lucha la inspiracion religiosa llevó por fin lo mejor. Tras largas penitencias y rigurosos ayunos, pasó la noche del 24 de Mar-

zo de 1522 en la capilla de la santa Virgen de Montserrat; colgó en su altar sus armas, y se consagró á su servicio con las debidas formalidades; haciendo voto al propio tiempo de ir á Jerusalem descalzo. Despues de este voto llevó á tal punto su severa austeridad y sus mortificaciones corporales, que puso su existencia en inminente peligro.

Entre las varias vidas de santos, cuya lectura obró su conversion, ningunas le habian entusiasmado y complacido como las de san Francisco y santo Domingo, y por lo tanto se propuso servir á la Virgen viviendo siempre errante y cercado de privaciones. Con esta idea fija en su mente se puso en camino para dar principio á su peregrinacion, y despues de haber permanecido en Roma el tiempo suficiente para recibir la bendiccion del Papa, llegó á Venecia y salió de aquel puerto para la Tierra Santa pasando en su viaje por Chipre. Con el hábito humilde de peregrino llegó á Jerusalem el 4 de Setiembre de 1523. Visitó todos los lugares consagrados por la tradicion y por la religion con la piedad de un neófito, y se ofreció en fin á dedicarse á la conversion de los infieles ú otro cualquier servicio santo. Estos ofrecimientos fueron muy á pesar suyo despreciados, y aun se le comunicó la orden para que volviese á Europa.

No podemos menos de admirarnos al considerar que si la Providencia hubiese allanado la senda que trataron de seguir muchos varones, inmortales por sus esfuerzos entre los hombres, sus inclinaciones mismas les hubieran alejado mas y mas de la obra que debian realizar algun dia. Si la suerte se hubiese mostrado favorable á los planes de Wesley como misionero, jamás hubiera existido esa secta poderosa y rica á quien dió su nombre; lo mismo que si las ofertas de Loyola en Jerusalem hubiesen sido admitidas, su energia y sus talentos se hubieran gastado en piadosos esfuerzos para la conversion de los turcos y judíos, y su nombre nunca hubiera traspasado quizás las fronteras de la Palestina.

De vuelta á su pais natal, y á pesar del mal éxito de su peregrinacion, la pasion de Ignacio por toda clase de empresas religiosas no perdió nada de su primera energia. Sin embargo, en medio del santo celo que le animaba echó muy pronto de ver que sus conocimientos literarios no eran los bastantes á sacarle airoso de sus empeños. Infatigable en su propósito, apenas se hubo convencido de esta verdad cuando empezó á estudiar gramática en Barcelona, siendo ya de 33 años de edad. En esta ciudad se hallaba estudiando cuando queriendo cortar los escándalos de un convento de monjas de la misma, se atrajo la persecucion de los interesados y se vió precisado á retirarse á la universidad de Alcalá que acababa de fundar el Cardenal Gimenez. Hizo por ganar el tiempo perdido; emprendió simultáneamente el estudio de la lógica, la física y la teología; quiso sujetar su imaginacion hecha ya á empresas de mayor actividad; se afanó; pero en vano: era ya demasiado tarde. Siguió estudiando hasta 1527 y solo sacó de tanto esfuerzo, de tanta aplicacion, una suma confusa de conocimientos que no habian sido dirigidos ni fijados por la reflexion, y que no se apoyaban en principio alguno determinado. El mismo parece

haber tocado este engaño; y sin dejar en lo sucesivo de codiciar toda clase de saber, se dedicó con mas ahínco á un objeto mas realizable: á obtener aquella influencia y predominio que se adquiere en el trato con los demas por medio del profundo conocimiento del mundo.

Estando en Alcalá dió ofensa á las autoridades de la universidad por haber principiado á disertar, ó mas bien á predicar, y sufrió en su consecuencia 42 dias de prision, siéndole prohibido al propio tiempo el reincidir en igual falta hasta no haber terminado un curso de cuatro años de teología. Este contratiempo le decidió á trasladarse á Salamanca, aunque con igual estrella. Apenas hubo dado principio á sus sermones en aquella ciudad, cuando fué preso por el Santo Oficio, y despues de otro encarcélamiento y de un trato bastante mas duro, fue puesto en libertad con sus compañeros, imponiéndosele una prohibicion semejante á la primera. No se crea sin embargo que el sentido de sus sermones fuese vituperable; su castigo fué motivado tan solo por su carácter de lego.

Desanimado tan cruelmente en su patria, trató de buscar en Francia un campo si no mas ancho, al menos mas seguro para sus proyectos, y llegó á París en Febrero de 1528. Apenas pisó aquella capital, se halló sin medios por la deslealtad de un condiscípulo y sin mas recurso para subsistir que la mendicidad. Afanábase por estender á pesar de su miseria el círculo de su influencia individual, y dedicábase con todo su primer ardor al estudio, cuando su mala fortuna hizo que fijase en él la atencion el inquisidor, emisario especial de Clemente VII en París. Esta vez, empero, logró sincerarse de los cargos que le hicieron al acusarle de herejía y fué absuelto sin reprension ó penitencia alguna. Su pobreza era tal que pasaba las vacaciones mendigando por los vecinos paises para poderse mantener durante el curso. En uno de estos viajes visitó á varios comerciantes españoles en Londres.

Esta existencia errante y reducida no podia menos de darle á conocer todas las clases de la sociedad, todos los caracteres de los diferentes pueblos, todos los resortes de las acciones, todos los pliegues, en fin, del corazon humano y amaestrarle singularmente en el trato con sus semejantes.

Gracias á una perseverancia tan inaudita se graduó por fin de maestro en artes, y pudo dedicarse mas especialmente á la teología. En esta época, año de 1534, fué cuando formó el proyecto confuso de establecer una nueva Orden, y si una idea tal en un hombre como Loyola parecia extravagante, el número y calidad de sus primeros discípulos no daban mejores esperanzas en un principio. Siete individuos sin suposicion ó eminencia alguna, bien fuese personal ó eclesiástica; unos muy jóvenes, otros muy pobres, fueron los que se reunieron el 15 de Agosto de 1534 en la iglesia de Montmartre, despues de fuertes ayunos y grandes penitencias, y se consagraron al servicio de Jesucristo. Uno de ellos, llamado Le Fevre, dió el Sacramento á sus compañeros en una capilla subterránea. De este número era ya Francisco Javier, español, y quince años mas joven que Ignacio Loyola que llegó á ser en lo sucesivo uno de los mas fuertes apoyos de la naciente comu-

nidad. Todos hicieron voto de peregrinar á Jerusalem para la conversion de los infieles y de renunciar á todo lo que poseian, con escepcion de aquello que les fuese necesario para su empresa. En el caso de que no pudiesen llevar á cabo este proyecto, convinieron en que se arrojarian á los pies del Santo Padre ofreciéndose á servirle como fieles y gratuitos instrumentos en cualquiera comision de que se les creyese capaces.

Tal fue el origen de los jesuitas. De la reunion de media docena de oscuros y devotos entusiastas en una capilla subterránea, nació la temida Compañía que, levantándose con celeridad á tanta altura, se esparció como una red por toda la cristiandad, y fecunda como ninguna en hombres eminentes, ejerció por tan luengos años en todo el orbe una influencia casi increíble en los asuntos humanos. Digno es de recordarse en este lugar que la idea primitiva de Ignacio al fundar su Orden, no fué aquella sumision inmediata á la Sede Romana que la dió en lo venidero tanta importancia: al contrario, esto parecia un pensamiento secundario y accesorio. Puede ser que en ello obedeciese á aquel primer ardor caballeresco que aun no se habia apagado en su pecho; quizá fué su objeto principal aquel que ofrecia mas sacrificios y prometia menos recompensas; ¿quién podrá decidirlo? Pero fuese cual fuese su mente, apenas se hubieron avenido cuando Ignacio prescribió á sus adheridos reglas y prácticas devotas, meditaciones y penitencias diarias, conversaciones espirituales, el estudio é imitacion del carácter de Cristo, un exámen de conciencia continuo y el comulgar con frecuencia. Señaló el dia de la Asuncion, aniversario de su voto, para su particular observancia, y mientras se preparaban como era debido sus discípulos, dirigió sus propios esfuerzos á cortar el vuelo que iban tomando las doctrinas de Lutero y Zuinglio en Francia.

Despues de haber visitado su patria, fué á reunirse en Venecia con sus compañeros, segun tenian convenido para su voto de peregrinacion. Reunidos en dicha ciudad en 1535, decidieron presentarse en Roma. Allí deparó á Loyola la Providencia la amistad y afecto de don Pedro Ortiz, enviado por Carlos I para sostener cerca de la Santa Sede la validez del matrimonio de Catalina de Aragon con Enrique VIII. Este le presentó á Pablo III, quien aprobó su doctrina y le alentó en su proyecto. La guerra contra los turcos detuvo su salida para la ciudad Santa, y viendo que la primera parte de su voto era por entonces irrealizable, reunió en Vicenza á sus hermano, (cuyo número ascendia ya á nueve) para tratar de poner en práctica la segunda; es decir, para ofrecer sus servicios al Papa. A este fin se trasladó Ignacio á Roma acompañado de dos hermanos y los demas se dispersaron por las academias de Italia para hacer prosélitos. Antes de separarse Loyola les previno que cuando fuesen preguntados á que orden pertenecian, contestasen que eran miembros de la COMPAÑÍA DE JESUS. Todos ellos se comprometieron á la observancia de ciertas reglas y prácticas distintivas.

La proteccion que le dispensaron en Roma le condujo á aspirar al establecimiento definitivo y mayor ensanche

de su nueva Orden. Convocó otra vez á sus misionarios y les reunió en su redor. En Venecia ya habian hecho los dos votos de pobreza y castidad; ahora hicieron el de obediencia, y decidieron nombrar un general con facultades omnimodas y absolutas. Igualmente determinaron que sin dilacion alguna harian saber al mundo entero que su intencion era servir al Papa, como Vicario de Cristo, en todo lo que les mandase y encargase.

Dados estos pasos, Loyola solicitó humildemente del Papa la confirmacion de su Orden, pero su súplica tuvo que vencer varios é imprevistos obstáculos. Una acusacion formal de herejía, fundada principalmente en las persecuciones que hemos referido de Alcalá y Salamanca, se dirigió en primer lugar contra el nuevo fundador y sus prosélitos. Luego hubo que luchar contra la fuerte oposicion al establecimiento de la Orden, por parte de un cardenal muy influyente. Pero habiéndose justificado de la primera, solo contribuyó el resultado para aumentar su crédito y nombradía; y la segunda tuvo que ceder por fin. Pablo publicó su bula sancionando la institucion de Ignacio el 27 de Setiembre de 1540.

En esto llegó el día señalado para la eleccion de general de la Orden. El número de los hermanos era todavía de nueve, y tres de ellos no se hallaban á la sazón en Italia, pues Javier y Rodriguez habian emprendido una mision á la India, y Le Fevre residía cerca de la Dieta de Worms. Seis solamente se reunieron con Loyola y le nombraron unánimemente su general; pero él sintiendo grande pesadumbre y enfado, solo aceptó este honor despues de haber vuelto á ser elegido en una segunda reunion, y de mandárselo espresamente su confesor. Las ceremonias se hicieron el 22 de Abril de 1541 en san Pablo, y mientras Loyola hacia voto de entera obediencia al Papa, sus discípulos lo hacian de obedecer tan solo á su general.

La Santa Sede se aprovechó sin pérdida de tiempo de los servicios que se la ofrecian y despachó en varias comisiones á los seis hermanos. Solo Ignacio permaneció en Roma dedicándose con fervor al ejercicio de la piedad. Predicaba públicamente sobre asuntos religiosos; desempeñaba oficios de humanidad y de caridad; daba todos los pasos para la conversion de los judíos de Roma; estableció una casa penitenciaria para mugeres salvadas del pecado; fundó un asilo para los huérfanos; y los ratos que podía robar á estas ocupaciones piadosas, los empleaba en la composicion de las constituciones de su Orden.

Estas se fundan en el principio de unir la meditacion espiritual á la práctica activa de la piedad. Por lo mismo, al propio tiempo que recomienda á los suyos la oracion mental, el exámen continuo de sí propios y el apartamiento ó retiro religioso, les anima á no perdonar esfuerzo alguno para instruir y mejorar la humanidad. Les manda que se ejerciten de continuo en predicar y en misiones, en la conversion de infieles y herejes, en la inspeccion de las cárceles y hospitales, en la direccion de conciencias, y en la instruccion de la juventud. A este fin prohibió á sus discípulos toda severidad en mortificarse y toda exageracion en sus devociones públicas ó particulares, y á los establecimientos de su Orden el poseer bienes

de cualquiera naturaleza que fuesen, esceptuando de esta prohibicion solo á los colegios que permitió fuesen dotados en beneficio de los estudiantes pobres. Sobre estas mismas basas de devocion desinteresada, y de abnegacion completa del individuo se habian elevado tambien otras órdenes anteriores; engrandecimiento que se explica muy bien por el espíritu religioso de los antiguos tiempos; elevacion de que se abusó, como se abusa hasta de lo mas santo en este mundo; sin que nos sea licito decir que los medios puestos en planta por los santos fundadores sean un lazo tendido á la credulidad humana.

En este débil bosquejo de la vida de Loyola, seria impropio entrar en un exámen de la constitucion interna de la Orden, enumerar sus leyes particulares, ó esponer el desarrollo de sus principios y en general los males que de ellos resultaron: basta con dar alguna idea de sus primeros progresos.

Seis años despues de confirmada la Orden de los jesuitas, abiertos el primero de sus colegios en España, bajo la proteccion de Francisco de Borja, duque de Gandia, Loyola compuso sus estatutos. En el mismo año quiso este dar una prueba que no permitiese poner en duda la sinceridad del voto de abnegacion y humildad de su Orden, y que al mismo tiempo preservase á sus compañeros del contagio de la ambicion. Impetró del Papa la perpétua exclusion de los miembros de la Compañía de Jesus, de toda dignidad ó beneficio eclesiástico, obispos, abades y otros. Esta exclusion les dió un carácter particular entre las demas órdenes, y no solo se les grangeó el aprecio y favor del pueblo haciéndoles pasar por un ejemplo interesante de devocion; si que tambien les dió todo el tiempo necesario para el cumplimiento de los planes de la sociedad y para cultivar aquellos talentos é industria que de otro modo se hubieran empleado en la consecucion de dignidades, ó en el desempeño de deberes pastorales. Esta ley sin embargo, no fue muy religiosamente observada aun durante la vida del mismo Ignacio.

Se asegura que compuso los ejercicios espirituales de su Orden (ayudado por la Virgen) muy poco despues de su vuelta de Jerusalem. Muchos han negado este hecho con razones fortísimas, y no parece en efecto probable que estuviese en estado de componer su obra maestra en aquella época de su vida. Pablo III concedió una bula en la que recomendaba este libro y elogiaba su contenido, a consecuencia de los esfuerzos que hizo en 1548 el arzobispo de Toledo para suprimirle, y esta circunstancia llamó mas fuertemente la atencion de todos sobre su autor y la institucion que habia fundado.

Grande y sin ejemplo en la historia de las órdenes anteriores, fue la rapidéz del progreso de la Compañía de Jesus. Una vez introducida en España, se esparció por Italia principiando por Ferrara. En 1548 se estableció en Palermo y Mesina y en 1550 en Baviera. Julio III tambien la confirmó y enriqueció en una de sus bulas, con grandes donativos de la tesorería apostólica. Dos años despues fundó un colegio alemán en Roma, y á esta época ya contaba con semejantes establecimientos en casi todas las ciudades de la Europa civilizada. Sus misioneros habian penetrado en Africa, en la India y en América,

En 1553 se presentaron en Chipre, Constantinopla y Jerusalen y llegaron hasta la China y la Abisinia. Solamente la Francia se mostró algo alarmada con sus principios y rehusó admitirlos, pero gracias al teson de los sucesores de Loyola en Febrero de 1564 abrieron su famoso colegio en la *Rue Saint Jacques* de Paris.

Muchos fueron los colegios y establecimientos de jesuitas que sucesivamente se fundaron en España; todos conocen los que en esta corte dirigieron por tantos años la educacion de una gran parte de nuestra juventud; y nosotros solo presentaremos á nuestros lectores una bre-

ve descripcion de uno de la península siquiera por la relacion que tiene con el nombre que sirve de epigrafe á nuestro artículo.

Mas de un siglo despues de la muerte del fundador de los jesuitas, se concibió el proyecto de edificar un colegio de esta Orden, sobre el terreno mismo que ocupaba la casa en que nació aquel. El antiguo solar de Loyola fué cedido á este fin en 1681 por sus poseedores los Marqueses de Alcañices, á Doña María Ana de Austria, y el prepósito general de los jesuitas en Roma envió al arquitecto Carlos Fontana para dirigir la obra.



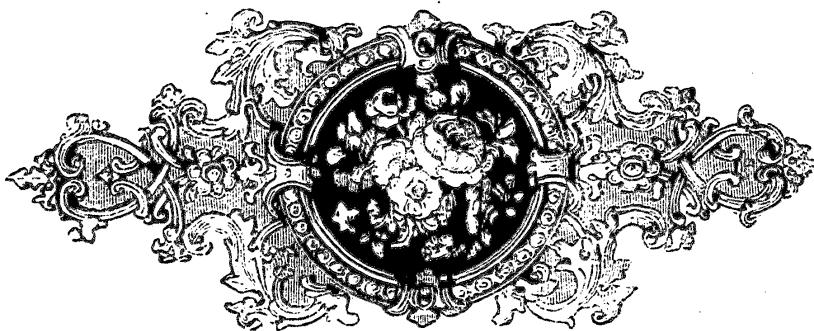
(Vista del convento de S. Ignacio de Loyola.)

La planta de este edificio que ha sido llamado la maravilla de Guipúzcoa, representa un águila al vuelo, siendo la iglesia, el cuerpo; la casa santa y el colegio, las alas; la portada, el pico; y las oficinas de la casa la cola. La escalinata de la entrada principal del templo se compone de tres ramales hermosos y es de un golpe de vista magnífico y elegante. Aunque el exterior é interior de todo el edificio es digno é imponente domina un gusto caprichoso y depravado en casi todas sus partes. Las riquezas y preciosidades de esta Iglesia son muchísimas y muy dignas de la inspeccion del viajero. Saliendo del templo se pasa al convento cuya fachada es mas sencilla y menos defectuosa y en cuyo refectorio se hallan los retratos de los hombres mas célebres de la extinguida Compañía. Una de las cosas mas notables de este santuario es la casa en que nació Ignacio de Loyola, engastada en el nuevo edificio, y llamada por aquella razon la *Casa Santa*. Aqui concurre el 31 de Julio un gentío inmenso de las tres provincias unidas para celebrar con bailes y

otras diversiones el dia consagrado por la Iglesia al culto del fundador de la Compañía de Jesus, y santo predilecto del sencillo guipuzcoano.

Finalmente, Ignacio de Loyola rodeado de sus discipulos y viendo cumplidos todos sus mas dorados deseos, espiró el 31 de Julio de 1566 en Roma, manifestando sentimientos inefables de piedad y su gratitud á la divina Providencia por la bendicion que habia echado sobre su mision en la tierra. Asi terminó despues de tantas vicisitudes la carrera de este varon insigne que la Iglesia cuenta entre sus santos; que sus discipulos representan como el resorte de todos los movimientos de la Compañía y única alma de aquel cuerpo poderoso que se hallaba tendido por todo el mundo; y que sus enemigos se esfuerzan en fin en hacer pasar por un entusiasta vano, poco ilustrado, sin talentos, sin ciencia, una máquina, un instrumento en manos de una jerarquía astuta, mundana é intrigante.

M. M. DE B.

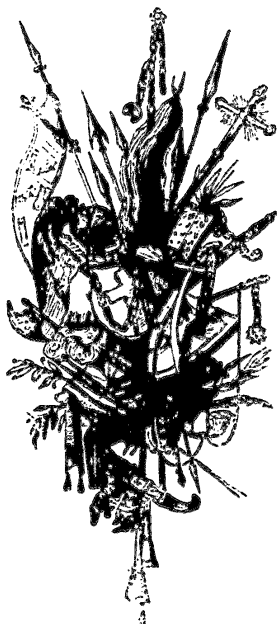


EL ABENCERRAJE.

NOVELA HISTORICA ESPAÑOLA.

ÉSCRITA

POR ANTONIO DE VILLEGAS. (*)



Dice el cuento, que en tiempo del Infante don Fernando, que ganó á Antequera, fue un caballero que se llamó Rodrigo de Narvaez, notable en virtud y hechos de armas. Este, peleando contra moros, hizo cosas de mucho esfuerzo; y particularmente en aquella empresa y guerra de Antequera hizo hechos dignos de perpetua memoria: sino que esta nuestra España tiene en tan poco el esfuerzo (por serle tan natural y ordinario) que le parece, que cuanto se puede hacer es poco: no como aquellos romanos y griegos, que al hombre que se aven-

turaba á morir una vez en toda la vida, le hacian en sus escritos inmortal y le trasladaban á las estrellas. Hizo pues este caballero tanto en servicio de su ley y de su Rey, que despues de ganada la villa, le hizo Alcaide de ella, para que, pues habia sido tanta parte en ganalla, lo fuese en defendella. Hízole tambien Alcaide de Alora;

de suerte que tenia á cargo ambas fuerzas, repartiendo el tiempo en ambas partes, y acudiendo siempre á la mayor necesidad. Lo mas ordinario residia en Alora, y allí tenia cincuenta escuderos hijos-dalgo, á los gages del Rey, para la defensa y seguridad de la fuerza: y este número nunca faltaba, como los inmortales del Rey Darío, que en muriendo uno ponía otro en su lugar. Tenian todos ellos tanta fé y fuerza en la virtud de su capitán, que ninguna empresa se les hacia difícil; y así no dejaban de ofender á sus enemigos y defenderse de ellos, y en todas las escaramuzas que entraban salian vencedores, en lo cual ganaban honra y provecho, de que andaban siempre ricos. Pues una noche acabando de cenar, que hacia el tiempo muy sosegado, el Alcaide dijo á todos ellos estas palabras.

Pareceme hijos-dalgo, señores y hermanos míos, que ninguna cosa despierta tanto los corazones de los hombres, como el continuo ejercicio de las armas: porque con él se cobra experiencia en las propias, y se pierde miedo á las ajenas. Y de esto no hay para que yo traiga testigos de fuera; porque vosotros sois verdaderos testimonios. Digo esto, porque han pasado muchos dias que no hemos hecho cosa, que nuestros nombres acrecienta, y seria yo dar mala cuenta de mí y de mi oficio, si teniendo á cargo tan virtuosa gente y valiente compañía dejase pasar el tiempo en valde. Pareceme (si os parece), pues la claridad y seguridad de la noche nos convida, que será bien dar á entender á nuestros enemigos, que los valedores de Alora no duermen. Yo os he dicho mi voluntad, hágase los que os pareciere. Ellos respondieron, que ordenase, que todos le seguirían. Y nombrando nueve de ellos, los hizo armar: y siendo armados, salieron por una puerta falsa que la fortaleza tenia, por no ser sentidos, y porque la fortaleza

(*) Este lance histórico aconteció muy á principios del siglo XV, y sobre él hizo esta novela Antonio de Villegas á mediados del XVI, la cual imprimió con otras obras suyas en Medina del Campo en 1577 con el título de: *Inventario de Antonio de Villegas*.

quedase á buen recaudo. Y yendo por su camino adelante hallaron otro que se dividia en dos. El Alcaide les dijo: ya podria ser que yendo todos por este camino se nos fuese la caza por este otro. Vosotros cinco os id por el uno, yo con estos cuatro me iré por el otro; y si acaso los unos toparen enemigos que no basten á vencer, toque uno su cuerno, y á la señal acudirán los otros en su ayuda. Yendo los cinco escuderos por su camino adelante, hablando en diversas cosas, el uno de ellos dijo: teneos compañeros, que ó yo me engaño, ó viene gente. Y metiéndose entre una arboleda, que junto al camino se hacia, oyeron ruido; y mirando con mas atencion vieron venir por donde ellos iban un gentil moro en un caballo ruano: él era grande de cuerpo, y hermoso de rostro, y parecia muy bien á caballo. Traia vestida una marlota de carmesi, y un arbornoz de damasco del mismo color, todo bordado de oro y plata. Traia el brazo derecho regazado y labrado, en él una hermosa dama, y en la mano una gruesa lanza de dos hierros. Traia una adarga y cimitarra, y en la cabeza una toca tunecí, que dándole muchas vueltas por ella, le servia de hermosura y defensa de su persona. En este hábito venia el moro, mostrando gentil continente; y cantando un cantar que él compuso en la dulce membraza de sus amores, que decia:

Nascido en Granada,
Criado en Cartama:
Enamorado en Coin.
Frontero de Alora.

Aunque á la música faltaba el arte, no faltaba al moro contentamiento; y como traia el corazon enamorado, á todo lo que decia daba buena gracia. Los escuderos transportados en verle, erraron poco de dejarle pasar, hasta que dieron sobre él. El viéndose saltado, con ánimo gentil volvió por sí, y estuvo por ver lo que harian. Luego de los cinco escuderos los cuatro se apartaron, y el uno le acometió: mas como el moro sabia mas de aquel menester, de una lanzada dió con él y con su caballo en el suelo. Visto esto de los cuatro que quedaban, los tres le acometieron, pareciéndoles muy fuerte: de manera que ya contra el moro eran tres cristianos, que cada uno bastaba para diez moros, y todos juntos no podian con este solo. Allí se vió en gran peligro; porque se le quebró la lanza, y los escuderos le daban mucha priesa; mas fingiendo que huia, puso las piernas á su caballo, y arremetió al escudero que derribára, y como una ave se colgó de la silla y le tomó su lanza, con la cual volvió á hacer rostro á sus enemigos, que le iban siguiendo pensando que huia, y dióse tan buena maña que á poco rato tenia de los tres los dos en el suelo. El otro que quedaba, viendo la necesidad de sus compañeros, tocó el cuerno, y fue á ayudarlos. Aquí se trabó fuertemente la escaramuza; porque ellos estaban afrontados de ver que un caballero les duraba tanto, y á él le iba mas que la vida en defenderse de ellos. A esta hora le dió uno de los dos escuderos una lanzada en un muslo, que á no ser el golpe en soslayo, se le pasára todo. El con rabia de verse herido, volvió por sí, y dióle una lanzada que dió con él y con su caballo muy mal herido en tierra.



Rodrigo de Narvaez, barruntando la necesidad en que sus compañeros estaban, atravesó el camino, y como traia mejor caballo se adelantó; y viendo la valentia del moro quedó espantado, porque de los cinco escuderos tenia á los cuatro en el suelo y el otro casi al mismo punto. El le dijo: moro vente á mí, y si tú me vences yo te ase-

guro de los demas. Y comenzaron á trabar brava escaramuza; mas como el Alcaide venia de refresco, y el moro y su caballo estaban heridos, dábale tanta priesa, que no podia mantenerse; mas viendo que en sola esta batalla le iba la vida y contentamiento, dió una lanzada á Rodrigo de Narvaez, que á no tomar el golpe en su adarga

le hubiera muerto. El en rescibiendo el golpe arremetió á él, y dióle una herida en el brazo derecho, y cerrando luego con él le trabó á brazos, y sacándole de la silla, dió con él en el suelo. Y yendo sobre él le dijo: caballero, date por vencido, sino matarte hé. Matarme bien podrás, dijo el moro, que en tu poder me tienes; mas no podrá vencerme sino quien una vez me venció. El Alcaide no paró en el misterio con que se decían estas palabras, y usando en aquel punto de su acostumbrada virtud, le ayudó á levantar, porque de la herida que le dió el escudero en el muslo, y de la del brazo, aunque no eran grandes, y del gran cansancio y caída quedó quebrantado: y tomando de los escuderos aparejo, le ligó las heridas: y hecho esto le hizo subir en un caballo de un escudero, porque el suyo estaba herido, y volvieron el camino de Alora. Y yendo por él adelante hablando en la buena disposicion y valentía del moro, él dió un grande y profundo suspiro, y habló algunas palabras en algarabía, que ninguno entendió. Rodrigo de Narvaez iba mirando su buen talle y disposicion: acordábase de lo que le vió hacer; y parecíale que tan gran tristeza en ánimo tan fuerte no podía proceder de sola la causa que allí pareciesa. Y por informarse de él le dijo: caballero, mirad que el prisionero que en la prision pierde el ánimo, aventura el derecho de la libertad. Mirad que en la guerra los caballeros han de ganar y perder; porque los mas de sus trances estan sujetos á la fortuna; y parece flaqueza que quien hasta aquí ha dado tan buena muestra de su esfuerzo, la dé agora tan mala. Si sospirais del dolor de las llagas, á lugar vais do sereis bien curado: si os duele la prision, jornadas son de guerra á que estan sujetos cuantos la siguen. Y si teneis otro dolor secreto fíadle de mí, que yo os prometo como hijo-dalgo de hacer, por remediarle, lo que en mí fuere. El moro levantando el rostro, que en el suelo tenia, le dijo: ¿cómo os llamais, caballero, que tanto sentimiento mostrais de mi mal? El le dijo: á mí llaman Rodrigo de Narvaez, soy Alcaide de Antequera y Alora. El moro tornando el semblante algo alegre, le dijo: por cierto agora pierdo parte de mi queja; pues ya que mi fortuna me fue adversa, me puso en vuestras manos, que aunque nunca os ví sino agora, gran noticia tengo de vuestra virtud, y experiencia de vuestro esfuerzo; y porque no os parezca que el dolor de las heridas me hace sospirar, y tambien porque me parece que en vos cabe cualquier secreto, mandad apartar vuestros escuderos, y hablaros hé dos palabras. El Alcaide los hizo apartar, y quedando solos, el moro arrancando un gran suspiro le dijo: Rodrigo de Narvaez, Alcaide tan nombrado de Alora, está atento á lo que te dijere, y verás si bastan los casos de mi fortuna á derribar un corazon de un hombre cautivo: á mí llaman Abindarraez el moro, á diferencia de un tio mio hermano de mi padre, que tiene el mismo nombre. Soy de los Abencerrajes de Granada, de los cuales muchas veces habrás oido decir; y aunque me bastaba la lástima presente, sin acordar las pasadas, todavia te quiero contar esto.

«Hubo en Granada un linage de caballeros, que llamaban los Abencerrajes que eran la flor de todo aquel

reino; porque en gentileza de sus personas, buena gracia, disposicion y gran esfuerzo, hacian ventaja á todos los demas; eran muy estimados del Rey y de todos los caballeros, y muy amados y quistos de la gente comun. En todas las escaramuzas que entraban, salian vencedores, y en todos los regocijos de caballería se señalaban. Ellos inventaban las galas y los trajes; de manera que se podia bien decir, que en ejercicio de paz y de guerra, eran regla y ley de todo el reino. Dícese que nunca hubo Abencerraje escaso, ni cobarde, ni de mala disposicion: no se tenia por Abencerraje el que no servia dama, ni se tenia por dama la que no tenia Abencerraje por servidor. Quiso la fortuna enemiga de su bien, que de esta excelencia cayesen de la manera que oirás. El Rey de Granada hizo á dos de estos caballeros, los que mas valian, un notable é injusto agravio, movido de falsa informacion que contra ellos tuvo; y quiso se decir, aunque yo no lo creo, que estos dos y á su instancia otros diez, se conjuraron de matar al Rey, y dividir el reino entre sí, vengando su injuria. Esta conjuracion, siendo verdadera ó falsa, fue descubierta: y por no escandalizar el Rey, al reino, que tanto los amaba, los hizo á todos una noche degollar; porque á dilatar la injusticia, no fuera poderoso de hacella. Ofreciéronse al Rey grandes rescates por sus vidas; mas él aun escuchallo no quiso. Cuando la gente se vió sin esperanza de sus vidas, comenzó de nuevo á llorarlos: llorábanlos los padres que los engendraron, y las madres que los parieron, llorábanlos las damas á quien servian y los caballeros con quienes se acompañaban: y toda la gente comun alzaba un tan grande y continuo alarido, como si la ciudad se entrara de enemigos; de manera, que si á precio de lágrimas se hubieran de comprar sus vidas, no murieran los Abencerrajes tan miserablemente. ¡Vé aqui en lo que acabó tan esclarecido linage, tan principales caballeros como en él habia! ¡Considera cuanto tarda la fortuna en subir un hombre y cuan presto le derriba! ¡Cuanto tarda en crecer un árbol, y cuan presto vá al fuego! ¡Con cuanta dificultad se edifica una casa, y con cuanta brevedad se quema! ¡Cuántos podrian escarmentar en las cabezas de estos desdichados; pues tan sin culpa padecieron con público pregon, siendo tantos y tales, y estando en el favor del mismo Rey! Sus casas fueron derribadas: sus heredades enagenadas, y su nombre dado en el reino por traidor. Resultó de este infelice caso que ningun Abencerraje pudiese vivir en Granada, salvo mi padre, y un tio mio, que hallaron inocentes de este delito, á condicion que los hijos que les nasciesen enviasen á criar fuera de la ciudad, para que no volviesen á ella, y las hijas casasen fuera del reino.»

Rodrigo de Narvaez, que estaba mirando con cuanta passion le contaba su desdicha, le dijo: ¡por cierto, caballero, vuestro cuento es extraño, y la sinrazon que á los Abencerrajes se hizo fue grande; porque no es de creer que siendo ellos tales cometiesen traicion! Es como yo lo digo, dijo él; y aguardad mas y vereis cómo desde allí todos los Abencerrajes depredamos á ser desdichados. Yo salí al mundo del vientre de mi madre, y por cumplir mi padre el mandamiento del Rey enviéme á Cartama, al Alcaide que en ella estaba, con quien tenia estrecha amistad. Este te-

nia una hija, casi de mi edad, á quien amaba mas que á sí; porque allende de ser sola y hermosísima, le costó la muger, que murió de su parto. Esta y yo en nuestra niñez, siempre nos tuvimos por hermanos, porque así nos oíamos llamar: nunca me acuerdo haber pasado hora que no estuviésemos juntos: juntos nos criaron: juntos andábamos: juntos comíamos y bebíamos. Nacióse de esta conformidad un natural amor, que fue siempre creciendo con nuestras edades. Acuérdomé que entrando una siesta en la huerta, que dicen de los jazmines, la hallé sentada junto á la fuente, componiendo su hermosa cabeza: miréla vencido de su hermosura, y parecíome á Salmacis; y dije entre mí: ¡oh, quién fuera Trocho para parecer ante esta hermosa diosa! ¡No sé cómo me pesó de que fuese mi hermana! y no aguardando mas fuime á ella; y cuando me vió, con los brazos abiertos me salió á rescibir, y sentándome junto á sí me dijo: hermano, ¿cómo me dejaste



tanto tiempo sola? Yo la respondí: señora mia, porque há gran rato que os busco, y nunca hallé quien me dijese do estábades, hasta que mi corazón me lo dijo; mas decidme ahora: ¿qué certenidad teneis vos de que seamos hermanos? Yo dijo ella, no otra, mas del grande amor que te tengo, y ver que todos nos llaman hermanos. Y si no lo fuéramos, dije yo, ¿quisiérasme tanto? ¿No ves, dijo ella, que á no serlo, no nos dejara mi padre andar siempre juntos y solos? Pues si ese bien me habian de quitar, dije yo, mas quiero el mal que tengo. Entonces ella encendiendo su hermoso rostro en color, me dijo: ¿y qué pierdes tú en que seamos hermanos? Pierdo á mí y á vos, dije yo. Yo no te entiendo dijo ella, mas á mí me parece que solo serlo nos obliga á amarnos naturalmente. A mí, sola

vuestra hermosura me obliga, que antes esa hermandad parece que me resfria algunas veces: y con esto bajando mis ojos, de empacho de lo que la dije, víla en las aguas de la fuente al propio, como ella era; de suerte que donde quiera que volvía la cabeza hallaba su imágen, y en mis entrañas la mas verdadera. Y decíame yo á mí mismo: y (pesárame que alguno me lo oyera) si yo me anegase agora en esta fuente donde veo á mi señora, ¡cuánto mas disculpado moriría yo que Narciso! Y si ella me amase como yo la amo, ¡qué dichoso sería yo! Y si la fortuna nos permitiese vivir siempre juntos, ¡qué sabrosa vida sería la mia! Diciendo esto levantéme, y volviendo las manos á unos jazmines, de que la fuente estaba rodeada, mezclándolos con arrayán, hice una hermosa guirnalda, y poniéndola sobre mi cabeza me volví á ella coronado y vencido.

Ella puso los ojos en mí (á mí parecer) mas dulcemente que solía, y quitándomela, la puso sobre su cabeza. Parecíome en aquel punto mas hermosa que Venus, cuando salió al juicio de la manzana, y volviendo el rostro á mí, me dijo: ¿qué te parece agora de mí, Abindarraez? yo la dije: parecéme que acabais de vencer al mundo, y que os coronan por reina y señora de él. Levantándose, me tomó por la mano y me dijo: si eso fuera, hermano, no perdiérais vos nada: yo sin la responder la seguí hasta quesalimos de la huerta. Esta engañosa vida trujimos mucho tiempo, hasta que ya el amor, por vengarse de nosotros, nos descubrió la cautela; que como fuimos creciendo en edad ambos acabamos de entender que no éramos hermanos. Ella no sé lo que sintió al principio de saberlo; mas yo nunca mayor contentamiento recibí, aunque despues acá lo he pagado bien. En el mismo punto que fuimos certificados de esto, aquel amor limpio y sano que nos teníamos, se comenzó á dañar, y se convirtió en una rabiosa enfermedad, que nos durará hasta la muerte. Aqui no hubo primeros movimientos que escusar; porque el principio de estos amores fue un gusto y deleite fundado sobre bien; mas despues no vino el mal por principios, sino de golpe y todo junto. Ya yo tenia mi contentamiento puesto en ella, y mi alma hecha á medida de la suya. Todo lo que no via en ella me parecia feo, escusado y sin provecho en el mundo. Todo mi pensamiento era en ella. Ya en este tiempo nuestros pasatiempos eran diferentes; ya yo la miraba con recelo de ser sentido; ya tenia envidia del sol que la tocaba. Su presencia me lastimaba la vida, y su ausencia me enflaquecía el corazón. Y de todo esto creo que no me debía nada; porque me pagaba en la misma moneda. Quiso la fortuna, envidiosa de nuestra dulce vida, quitarnos este contentamiento, en la manera que oirás.

El Rey de Granada, por mejorar en cargo al Alcaide de Cartama, envióle á mandar, que luego dejase aquella fuerza, y se fuese á Coin (que es aquel lugar frontero del vuestro) y que me dejase á mí en Cartama en poder del Alcaide que á ella viniese. Sabida esta desastrada nueva por mi señora y por mí, juzgad vos (si algun tiempo fuistes enamorado) lo que podríamos sentir. Juntámonos en un lugar secreto á llorar nuestro apartamiento. Yo la llamaba, señora mia, alma mia, solo bien mio, y otros dulces

nombres que el amor me enseñaba; ¿apartándose vuestra hermosura de mí, terneis alguna vez memoria de este vuestro captivo? Aquí las lágrimas y suspiros atajaban las palabras. Yo esforzándome para decir mas, malparia algunas razones turbadas, de que no me acuerdo; porque mi señora llevó mi memoria consigo. ¡Pues quien os contase las lástimas que ella hacia, aunque á mí siempre me parecían pocas! Decíame mil dulces palabras, que hasta agora me sueñan en las orejas: y al fin, porque no nos sintiesen, despedímonos con muchas lágrimas y sollozos, dejando cada uno al otro por prenda un abrazo, con un suspiro arrancado de las entrañas. Y porque ella me vió en tanta necesidad y con señales de muerto, me dijo: Abindarraez, á mí se me sale el alma en apartándome de ti; y porque siento de ti lo mismo, yo quiero ser tuya hasta la muerte: tuyo es mi corazón: tuya es mi vida, mi honra y mi hacienda; y en testimonio de esto, llegada á Coin, donde agora voy con mi padre, en teniendo lugar de hablarte, ó por ausencia, ó por indisposición suya (que ya deseo) yo te avisaré: irás donde yo estuviere, y allí yo te daré lo que solamente llevo conmigo, debajo de nombre de esposo, que de otra suerte ni tu lealtad, ni mi sér lo consentirían; que todo lo demas muchos días há que es tuyo. Con esta promesa mi corazón se sosegó algo y beséla las manos por la merced que me prometía. Ellos se partieron otro día, yo quedé como quien caminando por unas fragosas y ásperas montañas se le eclipsa el sol: comencé á sentir su ausencia áspidamente, buscando falsos remedios contra ella. Miraba las ventanas do se solía poner, las aguas do se bañaba, la cámara en que dormía, el jardín do reposaba la siesta. Andaba todas sus estaciones y en todas ellas hallaba representación de mi fatiga. Verdad es que la esperanza que me dió de llamarme, me sostenía, y con ella engañaba parte de mis trabajos; aunque algunas veces de verla alargar tanto, me causaba mayor pena, y holgára que me dejara del todo desesperado; porque la desesperación fatiga hasta que se tiene por cierta, y la esperanza hasta que se cumple el deseo. Quiso mi ventura, que esta mañana mi señora me cumplió su palabra, enviándome á llamar con una criada suya, de quien se fiaba; porque su padre era partido para Granada llamado del Rey para volver luego. Yo resucitado con esta buena nueva, apercíbime; y dejando venir la noche por salir mas secreto, púseme en el hábito que me encontrastes; por mostrar á mi señora el alegría de mi corazón; y por cierto no creyera yo que bastáran cien caballeros juntos á tenerme campo, porque traía mi señora conmigo; y si tú me venciste, no fue por esfuerzo (que no es posible), sino porque mi corta suerte, ó la determinación del cielo, quisieron atajarne tanto bien. Así que considera tú ahora, en el fin de mis palabras, el bien que perdí, y el mal que tengo. Yo iba de Cartama á Coin breve jornada (aunque el deseo la alargaba mucho) el mas ufano Abencerraje que nunca se vió: iba llamado de mi señora, á ver á mi señora, á gozar de mi señora y á casarme con mi señora. Véome ahora herido, cautivo y vencido; y lo que mas siento que el término y coyuntura de mi bien se acaba esta noche. Déjame pues, cristiano, consolar entre mis suspiros y no los juzgues á flaqueza; pues lo fuera muy mayor tener ánimo para sufrir tan riguroso trance.

Rodrigo de Narvaez quedó espantado y apiadado del extraño acontecimiento del moro, y pareciéndole que para su negocio, ninguna cosa le podría dañar mas que la dilación, le dijo: Abindarraez, quiero que veas que puede mas mi virtud, que tu ruin fortuna: si tú me prometes como caballero de volver á mi prisión dentro de tercero día, yo te daré libertad para que sigas tu camino; porque me pesaría de atajarte tan buena empresa. El moro cuando lo oyó, se quiso de contento echar á sus pies, y le dijo: Rodrigo de Narvaez, si vos esto hacéis, habreis hecho la mayor gentileza de corazón, que nunca hombre hizo, y á mí me dais la vida; y para lo que pedís, tomad de mí la seguridad que quisiéredes, que yo lo cumpliré. El Alcaide llamó á sus escuderos, y les dijo: señores, fiad de mí este prisionero, que yo salgo fiador de su rescate: ellos dijeron que ordenase á su voluntad: y tomando la mano derecha entre las dos suyas al moro, le dijo: ¿vos prometéisme como caballero de volver á mi castillo de Alora á ser mi prisionero dentro de tercero día? El le dijo: si prometo: pues id con la buena ventura, y si para vuestro negocio teneis necesidad de mi persona, ó de otra cosa alguna, también se hará. Y diciendo que se lo agradecía, se fue camino de Coin á mucha priesa. Rodrigo Narvaez y sus escuderos se volvieron á Alora, hablando en la valentía y buena manera del moro. Y con la priesa que el Abencerraje llevaba, no tardó mucho en llegar á Coin. Yéndose derecho á la fortaleza, como le era mandado, no paró hasta que halló una puerta que en ella habia; y deteniéndose allí, comenzó á reconocer el campo, por ver si habia algo de que guardarse, y viendo que estaba todo seguro, tocó en ella con el cuento de la lanza, que esta era la señal que le habia dado la dueña. Luego ella misma le abrió, y le dijo: ¿en qué os habeis detenido, señor mio, que vuestra tardanza nos ha puesto en gran confusión? Mi señora há rato que os espera: apeaos y subireis donde está. El se apeó, y puso su caballo en lugar secreto, que allí halló, y dejando la lanza con su adarga y cimitarra, llevándole la dueña por la mano, lo mas paso que pudo, por no ser sentido de la gente del castillo, subió por una escalera hasta llegar al aposento de la hermosa Jarifa (que así se llamaba la dama). Ella que ya habia sentido su venida, con los brazos abiertos le salió á recibir: ambos se abrazaron, sin hablarse palabra, del sobrado contentamiento. Y la dama le dijo: ¿en qué os habeis detenido, señor mio, que vuestra tardanza me ha puesto en gran congoja y sobresalto? Mi señora, dijo él, vos sabeis bien que por mi negligencia no habrá sido; mas no siempre suceden las cosas como los hombres desean. Ella le tomó por la mano, y le metió en una cámara secreta, y sentándose sobre una cama que en ella habia, le dijo: he querido Abindarraez, que veais en cual manera cumplen las cautivas de amor sus palabras; porque desde el día que os la di por prenda de mi corazón, he buscado aparejos para quitárosla: yo os mandé venir á este mi castillo á ser mi prisionero, como yo lo soy vuestra, y haceros señor de mi persona, y de la hacienda de mi padre, debajo del nombre de esposo, aunque esto segun entiendo, será muy contra su voluntad, que como no tiene tanto conocimiento de vuestro valor y experiencia de vuestra virtud como yo, quisiera

darme marido mas rico; mas yo, vuestra persona y mi contentamiento tengo por la mayor riqueza del mundo; y diciendo esto bajó la cabeza, mostrando un cierto empucho de haberse descubierto tanto. El moro la tomó entre sus brazos, y besándola muchas veces las manos por la merced que le hacia, la dijo: señora mia, en pago de tanto bien como me habeis ofrecido, no tengo que daros, que no sea vuestro, sino sola esta prenda, en señal que os recibo por mi señora y esposa; y llamando á la dueña se desposaron. Y siendo desposados se acostaron en su cama, donde con la nueva experiencia encendieron mas el fuego de sus corazones. En esta conquista pasaron muy amorosas obras y palabras, que son mas para contemplacion que para escritura. Trás esto al moro vino un profundo pensamiento, y dejando llevarse del, dió un gran suspiro. La dama no pudiendo sufrir tan grande ofensa de su hermosura y voluntad, con gran fuerza de amor le volvió á sí, y le dijo: ¿qué es esto Abindarraez? Parece que te has entristecido con mi alegría: yo te oigo suspirar revolviendo el cuerpo á todas partes; pues si yo soy todo tu bien y contentamiento como me decias ¿por quién sospiras? Y si no lo soy ¿por qué me engañaste? Si has hallado alguna falta en mi persona, pon los ojos en mi voluntad, que hasta para encubrir muchas: y si sirves otra dama, dime quién es para que la sirva yo; y si tienes otro dolor secreto de que yo no soy ofendida, dímelo, que ó yo moriré ó te libraré del. El Abencerraje corrido de lo que habia hecho, y pareciéndole que no declararse era ocasion de gran sospecha, con un apasionado suspiro dijo: señora mia, si yo no os quisiera mas que á mí, no hubiera hecho este sentimiento; porque el pesar que conmigo traia, sufríale con buen ánimo cuando iba por mí solo; mas ahora que me obliga á apartarme de vos no tengo fuerzas para sufrirlo; y así entenderéis que mis suspiros se causan mas de sobra de lealtad que de falta della: y porque no esteis mas suspensa sin saber de qué, quiero deciros lo que pasa. Luego le contó todo lo que habia sucedido; y al cabo la dijo: de suerte señora que vuestro cautivo lo es tambien del Alcaide de Alora: yo no siento la pena de la prision, que vos enseñasteis mi corazon á sufrir; mas vivir sin vos tendria por la misma muerte. La dama con buen semblante le dijo: no te congojes, Abindarraez, que yo tomo el remedio de tu rescate á mi cargo; porque á mí me cumple mas: yo digo así, que cualquier caballero que diere la palabra de volver á la prision, cumplirá con enviar el rescate que se le puede pedir; y para esto ponadle vos mismo el nombre que quisieredes, que yo tengo las llaves de las riquezas de mi padre, y yo os las pondré en vuestro poder: enviad de todo ello lo que os pareciere. Rodrigo de Narvaez es buen caballero, y os dió una vez libertad, y le fiastes este negocio, que le obliga ahora á usar de mayor virtud: yo creo que se contentará con esto, pues teniéndos en su poder ha de hacer lo mismo. El Abencerraje la respondió: ¡bien parece, señora mia, que lo mucho que me quereis no os deja que me aconsejéis bien! por cierto no caeré yo en tan gran yerro! porque si cuando venia á verme con vos,

TOMO I.—ABRIL DE 1845.

que iba por mí solo, estaba obligado á cumplir mi palabra, ahora que soy vuestro se me ha doblado la obligacion. Yo volveré á Alora y me pormé en las manos del Alcaide de ella, y trás hacer yo lo que debo, baga él lo que quisiere. Pues nunca Dios quiera, dijo Jarifa, que yendo vos á ser preso quede yo libre: pues no lo soy yo, quiero acompañaros en esta jornada, que ni el amor que os tengo, ni el miedo que he cobrado á mi padre de haberle ofendido, me consentirán hacer otra cosa. El moro llorando de contentamiento la abrazó y le dijo: siempre vais, señora mia, acrescentándome las mercedes: hágase lo que vos quisieredes, que así lo quiero yo. Y con este acuerdo, aparejando lo necesario, otro día de mañana se partieron, llevando la dama el rostro cubierto por no ser conocida. Pues yendo por su camino adelante hablando de diversas cosas, toparon un hombre viejo: la dama le preguntó donde iba: él la dijo, voy á Alora á negocios que tengo con el Alcaide de ella, que es el mas honrado y virtuoso caballero que yo jamás ví. Jarifa se holgó mucho de oír esto; pareciéndole que pues todos hallaban tanta virtud en este caballero, que tambien la hallarian ellos, que tan necesitados estaban della. Y volviendo al caminante, le dijo: decid, hermano, ¿sabeis vos de ese caballero alguna cosa que haya hecho notable? Muchas sé, dijo él, mas contaros hé una por donde entenderéis todas las demas. Este caballero fue primero Alcaide de Antequera, y allí anduvo mucho tiempo enamorado de una dama muy hermosa, en cuyo servicio hizo mil gentilezas, que son largas de contar; y aunque ella conocia el valor de este caballero, amaba á su marido tanto, que hacia poco caso de él. Aconteció así, que un día de verano acabando de comer, ella y su marido se bajaron á una huerta que tenían dentro de casa; y él llevaba un gavilan en la mano, y lanzándole á unos pájaros, ellos huyeron, y fuéronse á acoger á una zarza; y el gavilan como astuto, tirando el cuerpo á fuera, metió la mano, y sacó y mató muchos dellos. El caballero le cebó y volvió á la dama, y la dijo: ¿qué os parece, señora, de la astucia con que el gavilan cerró los pájaros y los mató? Pue shagoos saber, que cuando el Alcaide de Alora escaramuza con los moros, así los sigue, y así los mata. Ella fingiendo no le conocer, le preguntó quién era?

Es el mas valiente y virtuoso caballero, que yo hasta hoy ví: y comenzó hablar del muy altamente, tanto que á la dama le vino un cierto arrepentimiento, y dijo: ¡Pues cómo, los hombres estan enamorados de este caballero, y que no lo esté yo de él, estándolo él de mí! Por cierto yo estaré bien disculpada de lo que por él hiciere, pues mi marido me ha informado de su derecho. Otro día adelante se ofreció que el marido fue fuera de la ciudad, y no pudiendo la dama sufrirse en sí, envióle á llamar con una criada suya. Rodrigo de Narvaez estuvo en poco de tornarse loco de placer; aunque no dió crédito á ello acordándose de la aspereza con que siempre le habia tratado; mas con todo eso á la hora concertada, muy á recaudo, fue á ver la dama que le estaba esperando en un lugar secreto; y allí ella echó de ver el yerro que habia hecho, y la vergüenza que pasaba en requerir á aquel de quien tanto tiempo habia sido requerida.

Pensaba también en la fama que descubre todas las cosas: temía la inconstancia de los hombres, y la ofensa del marido; y todos estos inconvenientes, como suelen, aprovecharon para vencerla mas; y pasando por todos ellos le rescibió dulcemente y le metió en su cámara, donde pasaron muy dulces palabras; y en fin de ellas le dijo: Señor Rodrigo de Narvaez, yo soy vuestro aquí adelante, sin que en mi poder quede cosa que no lo sea; y esto no lo agradezcáis á mí; que todas vuestras pasiones y diligencias, falsas ó verdaderas os aprovecharán poco conmigo; mas agradecedlo á mi marido, que tales cosas me dijo de vos, que me han puesto en el estado que agora estoy. Trás esto le contó cuanto con su marido habia pasado, y al cabo le dijo: y cierto, Señor, vos debeis á mi marido mas que él á vos. Pudieron tanto estas palabras con Rodrigo de Narvaez, que le causaron confusion y arrepentimiento del mal que hacia á quien de él decia tantos bienes; y apartándose afuera, dijo: por cierto, Señora, yo os quiero mucho, y os querré de aquí adelante; mas nunca Dios quiera que á hombre que tan aficionadamente ha hablado de mí, haga yo tan cruel da-

ño; antes de hoy mas he de procurar la honra de vuestro marido, como la mia propia, pues en ninguna cosa le puedo pagar mejor el bien que de mí dijo: y sin aguardar mas, se volvió por donde habia venido. La dama debió de quedar burlada; y cierto, señores, el caballero, á mi parecer, usó de gran virtud y valentía; pues venció su misma voluntad. El Abencerraje y su dama quedaron admirados del cuento; y alabándole mucho, él dijo, que nunca mayor virtud habia visto de hombre. Ella respondió: por Dios, Señor, yo no quisiera servidor tan virtuoso; mas él debia estar poco enamorado, pues tan presto se salió á fuera; y pudo mas con él la honra del marido, que la hermosura de la muger: y sobre esto dijo otras muy graciosas palabras. Luego llegaron á la fortaleza, y llamando á la puerta, fue abierta por los guardas, que ya tenian noticia de lo pasado; y yendo un hombre corriendo á llamar al Alcaide, le dijo: Señor, en el castillo está el moro que venciste, y trae consigo una gentil dama. Al Alcaide le dió el corazon lo que podia ser, y bajó á bajo. El Abencerraje tomando á su esposa de la mano, se fue á él y le dijo: Rodrigo de Nar-



vaez, mira si te cumplo bien mi palabra, pues te prometí traer un preso, y te traigo dos, que el uno basta para vencer otros muchos: véis aquí mi señora: juzga si he padescido con justa causa; rescibénos por tuyos,

que yo fio mi señora y mi honra de ti. Rodrigo de Narvaez holgó mucho de verlos, y dijo á la dama: yo no sé cual de vosotros debe mas al otro: mas yo debo mucho á los dos. Entrad y reposareis en esta vuestra

casa, l
dueño.
ba apa
cansad
raje: ¿
Señor,
gun do
es esto
Señora
otras:
saqué
me cui
dijo el
que ha
menzó
maestro
to que
tuvo s
el Aber
segun
tenderá
que es
Esta di
es mi s
miedo
este cas
que ere
done su
se, pue
dijo: co
to pudi
al Rey.
Car
para el
«Mu
Narvaez
nos, y
que nas
Alcaide
después
los enar
y llama
yendo á
cierta es
valiente
so, apia
á ver co
libertad
volvía á
dos en n
Abencer
pa en la
en testin
el remed
perdonar
rástú qu
cia; y en
de ella si
Escri

casa, y tenedla de aqui adelante por tal, pues lo es su dueño. Y con esto se fueron á un aposento que les estaba aparejado; y de ahí á poco comieron, porque venian cansados del camino. Y el Alcaide preguntó al Abencerraje: ¿Señor, qué tal venís de las heridas? Parésceme, Señor, que con el camino las traigo enconadas, y con algun dolor. La hermosa Jarifa, muy alterada, dijo: ¿Qué es esto, Señor? ¿heridas teneis vos de que yo no sepa? Señora, quien escapó de las vuestras, en poco terná otras: verdad es que de la escaramuza de la otra noche saqué dos pequeñas heridas; y el camino y no haberme curado me habrán hecho algun daño. Bien será, dijo el Alcaide, que os acosteis, y verná un zurujano que hay en el castillo. Luego la hermosa Jarifa le comenzó á desnudar con grande alteracion, y viniendo el maestro y viéndole, dijo que no era nada, y con ungüento que le puso le quitó el dolor; y de ahí á tres dias estuvo sano. Un dia acaesció que acabando de comer el Abencerraje, dijo estas palabras: Rodrigo de Narvaez, segun eres discreto, en la manera de nuestra venida entenderás lo demas: yo tengo esperanza que este negocio que está tan dañado se ha de remediar por tus manos. Esta dueña es la hermosa Jarifa, de quien te hube dicho es mi señora y mi esposa: no quiso quedar en Coin, de miedo de haber ofendido á su padre; todavia se teme de este caso: bien sé que por tu virtud te ama el Rey, aunque eres cristiano; suplicote alcances de él que nos perdone su padre, por haber hecho esto sin que él lo supiese, pues la fortuna lo trajo por este camino. El Alcaide les dijo: consolaos, que yo os prometo de hacer en ello cuanto pudiere, y tomando tinta y papel, escribió una carta al Rey, que decia así:

Carta de Rodrigo de Narvaez, Alcaide de Alora, para el Rey de Granada.

«Muy alto y muy poderoso Rey de Granada. Rodrigo de Narvaez, Alcaide de Alora, tu servidor, beso tus reales manos, y digo así: Que el Abencerraje Abindarraez el mozo, que nació en Granada, y se crió en Cartama en poder del Alcaide de ella, se enamoró de la hermosa Jarifa, su hija: despues tú por hacer merced al Alcaide, le pasaste á Coin: los enamorados, por asegurarse, se desposaron entre sí; y llamado él por ausencia del padre, que contigo tienes, yendo á su fortaleza, yo le encontré en el camino, y en cierta escaramuza que con él tuve, en que se mostró muy valiente, le gané por mi prisionero: y contándome su caso, apiadándome de él le hice libre por dos dias. El se fue á ver con su esposa, de suerte que en la jornada perdió la libertad y ganó el amigo. Viendo ella que el Abencerraje volvía á mi prision se vino con él; y así estan agora los dos en mi poder. Suplicote que no te ofenda el nombre de Abencerraje, que yo sé que este y su padre fueron sin culpa en la conjuración que contra tu real persona se hizo; y en testimonio de ello viven. Suplico á tu Real Alteza, que el remedio de estos tristes se reparta entre ti y mí: yo les perdonaré el rescate y los soltaré graciosamente: solo harás tú que el padre della los perdone y resciba en su gracia; y en esto cumplirás con tu grandeza, y harás lo que de ella siempre esperé.»

Escrita la carta, despachó un escudero con ella, que

llegado ante el Rey, se la dió: el cual sabiendo cuya era se holgó mucho, que á este solo cristiano amaba por su virtud y buenas maneras. Y como la leyó, volvió el rostro al Alcaide de Coin, que allí estaba, y llamándole aparte, le dijo: lee esta carta que es del Alcaide de Alora: y leyéndola rescibió grande alteracion. El Rey le dijo: no te congojes, aunque tengas por qué; sábeta que ninguna cosa me pedirá el Alcaide de Alora que yo no lo haga; y así te mando que vayas luego á Alora y te veas con él, y perdones tus hijos, y los llesves á tu casa, que en pago de este servicio, á ellos y á ti haré siempre merced. El moro lo sintió en el alma: mas viendo que no podía pasar el mandato del Rey, volvió de buen continente y dijo: que así lo haria como su Alteza lo mandaba: y luego se partió á Alora donde ya sabian del escudero todo lo que habia pasado, y fue de todos rescibido con mucho regocijo y alegría. El Abencerraje y su hija parecieron ante él con harta vergüenza, y le besaron las manos. El los rescibió muy bien, y les dijo: no se trate aqui de cosas pasadas; yo os perdono haberos casado sin mi voluntad, que en lo demas, vos hija escogistes mejor marido que yo os pudiera dar. El Alcaide todos aquellos dias les hacia muchas fiestas; y una noche acabando de cenar en un jardin, les dijo: yo tengo en tanto haber sido parte para que este negocio haya venido á tan buen estado, que ninguna cosa me pudiera hacer mas contento; y así digo, que solo la honra de haberos tenido por mis prisioneros, quiero por rescate de la prision. De hoy mas, vos señor Abindarraez, sois libre de mí para hacer de vos lo que quisiéredes. Ellos le besaron las manos por la merced y bien que les hacia, y otro dia por la mañana partieron de la fortaleza, acompañándolos el Alcaide parte del camino. Estando ya en Coin gozando sosegada y seguramente el bien que tanto habian deseado, el padre les dijo: hijos, agora que con mi voluntad sois señores de mi hacienda, es justo que mostreis el agradecimiento que á Rodrigo de Narvaez se debe, por la buena obra que os hizo: que por haber usado con vosotros de tanta gentileza no ha de perder su rescate, antes le meresce muy mayor: yo os quiero dar seis mil doblas zahenes, enviádselas, y tencedle de aqui adelante por amigo, aunque las leyes sean diferentes. Abindarraez le besó las manos; y tomándolas, con cuatro muy hermosos caballos y cuatro lanzas con los hierros y cuentos de oro, y otras cuatro adargas, las envió al Alcaide de Alora, y le escribió así:

Carta del Abencerraje, Abindarraez, al Alcaide de Alora.

«Si piensas Rodrigo de Narvaez, que con darme libertad en tu castillo para venirme al mio, me dejaste libre, engañaste; que cuando libertaste mi cuerpo prendiste mi corazón. Las buenas obras, prisiones son de los nobles corazones: y si tú por alcanzar honra y fama acostumbras hacer bien á los que podrias destruir, yo por parecer á aquellos donde vengo, y no degenerar de alta sangre de los Abencerrajes, antes cojer y meter en mis venas toda la que de ellos se vertió, estoy obligado á agradecerlo y servirlo: rescibirás en ese breve presente la voluntad de quien le envia, que es muy grande, y de mi Jarifa otra tan limpia y leal, que me contento yo de ella.»

El Alcaide tuvo en mucho la grandeza y curiosidad del presente; y rescibiendo de él los caballos, lanzas y adargas, escribió á Jarifa así:

Carta del Alcaide de Alora á la hermosa Jarifa.

«Hermosa Jarifa, no ha querido Abindarraez dejarme gozar del verdadero triunfo de su prision, que consiste en perdonar y hacer bien; y como á mí en esta tierra nunca se me ofreció empresa tan generosa, ni tan digna de capitan español, quisiera gozarla toda y labrar de ella una estatua para mi posteridad y descendencia. Los caballos y armas rescibo yo, para ayudarle á defender de sus enemigos; y si en enviarme el oro se mostró caballero generoso, en rescibirlo yo pareciera cobdicioso mercader. Yo os sirvo con ello en pago de la merced que me hecistes en serviros de mí en mi castillo: y tambien señora yo no acostumbro á robar damas, sino servir las y honrarlas.»

Y con esto les volvió á enviar las doblas: Jarifa las rescibió y dijo: quien pensare vencer á Rodrigo de Narvaez en armas y cortesía, pensará mal.

Destá manera quedaron los unos de los otros muy satisfechos y contentos, y trabados con estrecha amistad, que les duró toda la vida.



MISTERIOS DEL CORAZON.

A MI AMIGO DON EMILIO SANTILLAN.

CAPITULO I.

El café de Venecia.



EXISTE entre nosotros una costumbre poco conocida seguramente en los demás países de Europa; la de pasar los hombres en un café, y en torno de una mesa, las primeras horas de la noche, y algunos casi las últimas. En otras partes se vá á semejantes sitios á refrescar ó á jugar: aqui el principal objeto es charlar, y como vulgarmente se dice, matar el tiempo. Entes hay, y por cierto muy odiados de los dueños de dichas casas, que no han hecho consumo jamás en ellas ni de un vaso de limon, ni de medio sorbete, pero que asisten en invierno como en verano: todas las noches á este ó al otro café, que no abandonan hasta que la voz imperiosa del mozo soñoliento, ó del sereno, fiel observador de las leyes, se lo ordena por tres veces consecutivas. Entonces el individuo citado se resigna de mala gana á marcharse, y se pone en camino hácia su domicilio, maldiciendo de corazon al sereno, y pensando en cludir mejor otra vez su vigilancia.

Por lo demás, es un cuadro animadísimo y único en su

clase el que ofrecen esas tertulias públicas, á las que somos los españoles tan aficionados. Allí nadie está de mal humor, ó al menos lo disimula; háblase ya de moral, ya de literatura, ya de política, siempre en tono ligero y de ordinario chistoso; murmurase de los que ocupan las mesas inmediatas, y de los que entran y salen; nárranse singulares historias de la vida privada de aquel ó el de mas allá; y en fin se refieren graciosas aventuras de la crónica escandalosa. Es lo mas extraño que en medio de tanta alegría y chacota, de tantos caracteres opuestos ó diferentes, de tan heterogénea reunion de personas, casi nunca se turba la paz general, ni ocurren escenas desagradables.

Uno de los cafés mas concurridos de Madrid, y célebre á la vez por su linda dueña, y por los helados que en él se sirven, es el de Venecia. A él acude diariamente una concurrencia numerosa, y á menudo se pretende una mesa con no menos ardor que en las regiones ministeriales un empleo. No es tampoco raro ver á la puerta dos ó tres coches, ocupados por personajes ilustres que toman un vizcocho á la rosa, ó un quesito, en su

propio carruaje, ó que no se desdennan de venir á sentarse modestamente donde estaban momentos antes una desenvuelta manola, un picador de toros, ó un chalan del Rastro.

La primera sala, ó el primer pasadizo, que este nombre le cuadra mejor, le invaden siempre los parroquianos diarios, que á nadie ceden el derecho de pasar revista á los demás concurrentes. Vénse allí abogados, escritores, diputados, bolsistas, etc. que forman diversos círculos, y una sola república. Entáblanse pláticas familiares de una mesa á otra; dirígenle interpellaciones desde un extremo del recinto al mas lejano, sin necesidad de esforzar mucho los pulmones; y reina en fin una admirable franqueza, de la que participan todos involuntariamente.

En una noche del mes de Octubre de 1843 se hallaban en el propio café, y en la misma sala que acabamos de citar, entre otros infinitos, cinco jóvenes, sentados alrededor de una mesa, inmediata á la puerta de entrada por la calle del Prado. Aquellos cinco individuos ofrecían el conjunto mas heterogéneo que puede imaginarse, por sus profesiones respectivas, por su figura y por su carácter. Los tres primeros eran: un abogado novel, llamado Solís, mozo de buen aspecto y de no peor talante, que tenía sus puntas de satírico y epigramático, aunque Dios no le hubiera dotado del gracejoso suficiente para hacer reír siempre que hablaba; el segundo un estudiante de humanidades, que en vez de ser en los libros, las estudiaba en la especie humana; y el tercero un artista notable no menos por el mérito de sus obras, que por la espesa barba que casi le cubría el rostro, y la prematura calva que comenzaba en la frente, y se perdía en el principio de la nuca.—Los dos últimos personajes exigen mas circunstanciada descripción y mas minucioso examen.

El uno era un elegante, un *dandy*, ó un *leon* en toda la estension de la palabra; vestía con estremado lujo y á la vez con arreglo al último figurin llegado de Francia; tenía los cabellos peinados hácia atrás y graciosamente rizados; un escaso bigote sombreaba apenas su pequeña boca, y unas patillas no menos escasas y estrechas, servían tambien de adorno á su pálido semblante. Hasta su actitud negligente y estudiada á un tiempo, contribuía á caracterizarle mejor: habíase colocado bastante lejos de la mesa que servía de centro al círculo, y sin apoyo de ninguna especie, con una mano sostenía un platillo de china

en el que se ostentaba una graciosa pirámide, y con la otra llevaba á los labios de tarde en tarde, pequeñas cucharadas de aquel helado. Un magnífico paletot, caído sobre la silla que ocupaba, permitía ver la riqueza y el buen gusto de su traje, así como su figura llena de distinción y elegancia: era alto y airoso, de regulares carnes, de fisonomía expresiva, realzada por unos ojos vivos y penetrantes. Para completar esta detallada noticia diremos que el personaje que acabamos de retratar tan minuciosamente, era el Conde de Peñafior, el cual debía este título menos á sus pergaminos, que á los tesoros de su opulento padre.

El individuo sentado junto á él parecía el reverso de la medalla; rubio, blanco, y algo grueso, podía pasar por lo que se llama en el mundo un buen mozo; pero á favor de cualidades opuestas á las de su colateral. Tanto como el uno de afectación, tenía el otro de naturalidad en su traje, en sus palabras, y en sus maneras. Llevaba un

holgado calzon negro sin trabillas; una chaquetilla jerezana de alamares; un pañuelo de seda arrollado al cuello, vuelto el de la camisa sobre él y ajustado con un anillo de brillantes; en fin, una capa de color de café, con embozos y vueltas de terciopelo granate, y un sombrerillo calañés, completaban los arreos de aquel hombre singular, acerca del cual habremos de añadir algo, para que no choque su extravagancia, ó su *escentricidad*, como se dice ahora.

Justo Paniagua, que así se llamaba, era un propietario de Jerez, que mas entendía de vinos y de aceite, que de primores ni refinamientos cortesanos. Tres meses llevaba en la Corte, y decíase generalmente, que él había entrado en Madrid, sin que Madrid entrase en él: franco hasta rayar en grosero; alegre hasta parecer loco, pero honrado; noble y generoso como ninguno; los que principiaban por reírse de él, acababan á poco por amarle y respetarle. Justo era, pues, el tipo del español neto, y el Conde del español afrancesado. No olvidemos decir para marcar mejor el contraste, que mientras el *dandy* tomaba lentamente su helado, el andaluz apuraba á grandes sorbos un enorme vaso de ponche caliente que tenía delante.

—¿Qué hacemos esta noche, Enrique? preguntó Solís al joven estudiante que estaba á su lado.

—Yo voy al teatro, repuso el otro lacónicamente.

—Si hacen el *Diablo Predicador* ó la *Pata de Cabra*, soy de la partida, saltó Justo con desembarazo; pero si



hay gorgoritos ó piruetas, que VV. se diviertan, amigos.

Y acompañó estas palabras con un ademan grotesco, que hizo sonreír á los circunstantes. Nuestro hombre notó la sonrisa, pero no se turbó ni contuvo por eso, sino que apoyando familiarmente una mano en la espalda del Conde, le dijo con voz sonora y cariñosa:

—Tú con tu *sorbetina* ¿eh? mientras yo doy fin á mi ponche? Al diablo se le ocurre con este fresco que hace (añadió llamando hácia los hombros su pesada capa) tomar helado, para dar diente con diente, camarada.

El Conde hizo un gesto desdenoso, movió ligeramente el cuerpo para desembarazarse de la mano que le agobiaba, y prosiguió rebajando poco á poco su pirámide.

—Eso es como la hora que tienes de comer, Eugenio, añadió imperturbable el jerezano. ¿Quién querrá creer, señores, que el otro día me convidó y tuvo el atrevimiento de hacerme esperar hasta las cinco y cuarto? No, pues yo maldito si te agradecí el obsequio; mis tripas estaban furiosas, desesperadas. Luego nos sentamos á la mesa, ¿y qué me dió? En vez de una buena cazuela de arroz, un calducho con yerbas, con zanahorias, perejil y rábanos. Y nada de cocido ó cosa semejante; *bistech*, *fricandó*.... demonios fritos, que carguen con el que inventó tales guisotes... ¿pues y los vinos? Ni Valdepeñas, ni Jerez, ni Pajarete, sino Burdeos, *Champaine* y qué se yo! Mas te hubiera agradecido un buen puchero, un marranillo asado, que es mi plato favorito, una buena ensalada de lechuga, y una botella de moscatel, que todos tus perfiles de cocina, repostería y confitería, pues yo soy, por vida del Dios Baco, español puro y rancio!

Una carcajada general dió fin á este singular apóstrofe, y el Conde sin reírse se mordió los labios.

—¿Qué cosas tienes, primo! dijo en tono de reprensión: pero á bien que ya te irás acostumbrando, y perdiendo poco á poco los resabios de nuestra provincia, que te hacen parecer tan singular.

—No, lo que es eso, no; nunca me resignaré á manducar á las siete, á acostarme á las tres de la madrugada, y á levantarme á la una de la tarde. ¿Crees tú que conseguirás tampoco que meta en prensa mi cuerpo, que me embutan las manos en estrechísimos guantes, y que me pongan las piernas tiesas como garrotes? Nada, nada; mis pantalones anchos y cómodos, mi zamarra y mi capa, hé aquí mi traje de ahora y el de siempre: el que me quiera así, que me tome, y el que no, que me deje.

—Eso será hasta el día en que V. se enamore, amigo Paniagua, dijo Solís con su ordinaria ironía; entonces hemos de verle, como V. dice, hecho un paquete, un curutaco.

—No lo permita el que todo lo puede, repuso el andaluz levantando el sombrero respetuosamente al hablar del Altísimo; y estoy casi seguro de que no puede ser, porque yo no me dejo dominar de nadie.

—Allá lo veremos, Sr. D. Justo, allá lo veremos, replicó con sorna Solís.

En aquel punto mismo abrióse la puerta del café, y aparecieron cuatro nuevos individuos: delante venía un volante vestido con estremo lujo; seguíale dos mugeres jóvenes y hermosas, acompañadas por un caballero, jó-

ven también, y de buena presencia, pero que no lo parecía tanto por el desaliño y descuido de su traje, que era escésivamente modesto. El volante les señaló una mesa que con anticipación les había buscado, y cuando sus señores tomaron asiento, después de recibir órdenes, se fue á situar á respetuosa distancia.

Las miradas de nuestros cinco amigos se fijaron desde luego en las personas que habían venido á colocarse muy cerca de ellos, y la conversacion prosiguió en tono menos alto y mas confidencial.

—¿Quiénes son los que acaban de entrar? preguntó el artista dirigiéndose al abogado.

—El Marqués y la Marquesa de Vivarrambla, contestó este, propietarios de Granada, de donde no há mucho vinieron.

—¿Cuál es la Marquesa? ¿Aquella?—Y el pintor señaló á una de las dos damas, de fisonomía alegre y viva, que se reía como una loca teniendo la lista de los helados en la mano.

—No, la otra que parece descendida del cielo y hermana de los ángeles.

Este elogio no pecaba seguramente de exagerado: la Marquesa de Vivarrambla era el tipo mas ideal que puede imaginarse: extraordinariamente blanca, dotada de un cutis tan fino y trasparente, que por debajo de él se veía circular la sangre, tenía por un extraño capricho de la naturaleza, cabellos negros como el ébano, y ojos del mismo color, llenos de melancólico fuego. Todas las facciones de su rostro eran de una perfección inimitable: su frente ancha y despejada revelaba una inteligencia poco comun; unas cejas pobladísimas y artísticamente arqueadas, una nariz delgada y regular, una boca pequeña y fresca, esmaltada con dos filas de blancos y menudos dientes, completaban un conjunto que nadie miraba sin quedar sorprendido y fascinado. Además, alta y esbelta, su talle tenía tal flexibilidad, que parecía cimbrearse á cada paso que la hermosa joven daba; y su modo de andar era tan lánguido, tan voluptuoso, y al propio tiempo tan virginal, que nadie hubiera creído á la Marquesa casada hacia cinco años, y mucho menos madre de una preciosa niña de tres. Realzaba singularmente aquella belleza única, la gracia y la dignidad que la acompañaban: no era, no, una de esas imágenes perfectas que nos contentamos con admirar detenidamente, y que nos dejan después fríos como antes estábamos; la mirada ardiente y apasionada de la hermosa granadina encendía un volcan en todos los corazones, y la dulzura, la amabilidad, la habitual tristeza de su carácter, contribuían después á avivarlo.

Así como en la mesa inmediata el Conde y su primo Paniagua ofrecían marcado contraste, en la otra la Marquesa y Adela de Arambarri, su amiga, le presentaban no menos notable. Desde luego la joven viuda, pues tal era su estado, llamaba la atención por su aire desenvuelto, por su buen humor, á veces escésivo, y por su locuacidad inagotable. Su hermosura no resistía, sin embargo, á una análisis detenida; era morena y basta; tenía ojos pequeños y pardos, aunque sumamente vivos; una nariz grande daba sombra á una boca mayor aun, pero entrecubierta

siempre por una risa franca y burlesca: en fin, su cuerpo no muy elegante ni muy fino, tenia como toda su persona, *un no sé qué*, que si no sorprendia nunca, agradaba siempre. Segun hemos dicho ya, risueña, y dotada de un talento caustico y epigramático, los que no se rendian á sus gracias, solian sucumbir ante su superioridad moral, que la hacia brillar en todas partes.

En cuanto al Marqués, habria sido un modelo de belleza varonil, si hubiese cuidado mas de su compostura y de su aseo. Una barba profusa le cubria la mitad de la cara, y se perdía entre los bucles de sus cabellos castaños. Llevaba una levita raída y antigua, abrochada de modo que no se le veia la camisa; un sombrero sucio y viejo, y unos pantalones á cuadros de colores claros; lo que formaba un todo de malísimo efecto á primera vista. Pero en breve hacia olvidar esto con la espresion noble y franca de su semblante, y especialmente con los encantos de su conversacion, amena siempre, instructiva y chistosa.

En menos tiempo del que hemos tardado en describir á los nuevos personajes, habiales servido diligentemente un mozo del café, y llegádose al propio tiempo á saludarlos el Conde de Peñafior. Tendióle la mano afectuosamente el Marqués, y le hizo sentar á su lado, comenzando en seguida una plática sabrosa y sazónada con los epigramas de Adela, las bromas del Conde y las ocurrencias festivas de su amigo. La Marquesa era la única que al dirigirle los otros la palabra, respondia solamente con monosílabos.

—¿Quién es ese gañan que estaba con vos, Conde? preguntó la viuda en su tono burlesco acostumbrado.

—Un primo mio, para el que pido gracia, contestó Peñafior sonrojándose.

—¿De dónde habeis traído á ese salvaje? repuso Adela riéndose estrepitosamente. ¿Quereis ensayar en él la civilizacion moderna, ó os proponeis especular enseñándole á tanto la entrada?

Las carcajadas con que terminó esta frase, acabaron por hacer volver la cabeza á la misma Marquesa, abismada hasta entonces en sus tristes meditaciones.

—¿Por vida del demonio! exclamó el objeto de tamaña hilaridad.—¿Creo que se rien de mí!

Y púsose á mirar á sus vecinos fijamente y con descaro; Adela bajó los ojos y moderando su risa, prosiguió la conversacion á media voz.

—¿Cáspita! exclamó D. Justo; ¡y es lo que se llama una alhaja la chica! ¿Qué vivaracha! ¿Qué graciosa!... ¿qué alegre! Toma: se reirá porque no traigo futraque!

Esta vez fueron sus compañeros quienes lanzaron una sonora carcajada, que impuso respeto á los de la otra mesa, creyendo que se ponian en guardia contra sus hostilidades.

—¿No lo dije? exclamó Solís: ¡ya se inflama en puro y santo amor!

—Lo cierto es, replicó el andaluz con cierta gravedad cómica, que no es mal pellejo la tal prójima. ¿Es soltera?

—Viuda, que es mejor, dijo el estudiante.

—Y sensible, añadió Solís.

—Pero mucho me temo que el amigo D. Justo encuentre el campo ocupado, repuso nuevamente Enrique; por-

que segun aseguran malas lenguas, el Sr. Marqués de Vivarrambla bebe los vientos por la Adelita.

—¿Y ella no le mira con malos ojos!

—¿Como que los tiene cual dos luceros ese serafín! dijo el andaluz, sin quitar los suyos de la viuda.

—Indudablemente, prosiguió el abogado, la Marquesa ha advertido algo, porque de algun tiempo á esta parte se la nota mas triste, mas pensativa que de costumbre. Vedla ahora que ni habla, ni se mueve: ¡parece una estatua!

—¿Acaso tendrá el mal gusto de estar enamorada de su marido? preguntó el artista.

—Enamorada como el día que se casaron, vá para seis años. El tambien la queria entonces; pero desde que vinieron á Madrid....

—La pobre señora hace lo posible por arrancar de aquí á su ingrato consorte; pero él.... ni con palancas!

—¿Y no toma desquite la muy boba?

—¿Qué! ¡si es un monstruo de feroz virtud! Dos ó tres amigos han querido tentar el vado, pero salieron con las manos en la cabeza.

—Lástima que sea así, porque no hay cuerpo mas bello en España.

—Desacertado anda el marido en preferir á la viuda!

—¿Quita allá, saltó de pronto el andaluz, que esa tiene la sal del mudo, y no es una desaboria como la otra!

—Decididamente le ha flechado á V.!... dijo Solís con su ordinaria flemá.

—¿Qué hembra! ¿qué hembra! ¿qué hembra! prosiguió Paniagua estático en su contemplacion.

—No te parece, Solís, dijo Enrique, que nuestro buen Conde de Peñafior hace la guerra al Marqués?

Con efecto, en aquel instante Eugenio hablaba acaloradamente á la Marquesa, que le oia con distraccion, mientras fijaba los ojos en su marido, que tambien departia en voz baja con Adela. No se le ocultó esta la suspicacia celosa de que era objeto, y lanzando una nueva carcajada, mas estruendosa que las anteriores, exclamó en tono ligero y gracioso:

—¿Escucha, Clementina, escucha la ocurrencia de tu marido! ¿Pues no me estaba diciendo que me proponga civilizar á ese cerril de Andalucía? La empresa aunque difícil, debe ser divertida!

—Tiene razon Luis, dijo la Marquesa haciendo por sonreirse; semejante triunfo haria honor á tu talento.

—¿De veras? Pues desde ahora principio.

Y volviendo la cabeza con un movimiento rápido, lanzó una mirada tan penetrante, tan apasionada al pobre Justo, que por primera vez en su vida se estremeció este y se puso encarnado.

—Pues creo que el Conde pierde el tiempo, decia entretanto Enrique prosiguiendo la plática de antes, y opino que nada conseguirá.

—¿Quién sabe? contestó Solís: tantas veces vá el cántaro á la fuente, que al fin se rompe. Ademas, hay una cosa que jamás perdonan las mugeres; su amor resiste al desvío, á la frialdad, á la traicion, y quizás se acrece con todo esto; pero el que las pone en ridículo, puede estar seguro de que se vengarán de él. En ese caso se halla el Marqués: prescribiendo á su esposa el trato de Ade-

la, la obliga á que pase por su amiga, á que la acompañe á todas partes, para que así no se noten tanto sus relaciones: mientras apenas dirige una palabra en todo el día á la Marquesa, celebra á cada paso el talento, la gracia y la hermosura de la viuda; esto no puede menos de dar su resultado; mas tarde ó mas temprano se acabará el sufrimiento de la pobre víctima, y su orgullo ofendido exigirá venganza. Entonces otro tanto como ha sido hasta aquí de pura, de virtuosa, querrá ser en adelante de desenvuelta y despreocupada, para castigar con la pena de Taltion, con el propio ridículo con que fue herida y vilipendiada.

—¡Magnífico trozo de elocuencia y de filosofía! dijo el artista.

—No habla ahora el abogado, repuso este con mas gravedad que solía, sino el hombre de experiencia, y conocedor del mundo.

—Pues yo, sin saber formular mi opinion en términos tan floridos, ni menos desenvolver con claridad mis ideas, pienso lo contrario. La muger virtuosa no sucumbe, porque su marido la ultraje públicamente.

—No, tal vez, cuando este guarda al menos las apariencias, y la tiene las consideraciones de estimación y de

respeto que debe á la que está unida á él con un vínculo santo; sí, cuando es blanco de la befa de la sociedad; cuando en pago de su virtud recibe sarcasmos; cuando en vez de admirarla y de compadecerla, todos la señalan burlescamente con el dedo, repitiendo: *Buen papel hace!*

Vino á poner fin á esta discusión importante el ruido que hicieron los que la provocaran, al levantarse de sus

asientos: salió delante la Marquesa apoyada en el brazo del Conde, y recogiendo con la mano izquierda la falda de su elegante vestido de seda para que no se manchara al arrastrarse por el suelo: así dejaba ver sus menudos y delicados pies calzados con botas de terciopelo, que en vez de andar parecían deslizarse suavemente.

En fin, detrás iban también del brazo, Adela y el Marqués, mirándose con inefable delicia, y murmurando algunas palabras misteriosas.

Cuando los cuatro llegaron á la puerta, el volante había

bajado el estribo de una preciosa carretela, y con el sombrero en la mano aguardaba á que sus señores subiesen.

—¿A dónde? preguntó cuando aquellos estuvieron dentro.

—Al Circo, contestó el Marqués.

Y el carruaje desapareció rápidamente.

El Conde volvió á entrar en el café, dirigiéndose de nuevo á la mesa de sus amigos.

—Ofrezco, dijo, un asiento en mi berlina y otro en mi palco, al que quiera aceptarlos.

—¡Yo! exclamó su primo, poniéndose en pie.

—Mira que no hacen la *Pata de Cadra*, ni *Juana la Rabicortona*, repuso Eugenio sonriéndose.

—No importa, contestó el andaluz lacónicamente.

—Ademas, ese traje...

—Iré á ataviarme un poco á casa.

—Pues vamos, añadió el Conde sorprendido.

—Vamos, repitió el andaluz.

Y los dos salieron del café.

RAMON DE NAVARRETE.





LA PROFANACION DEL TEMPLO.

EJEMPLO BIBLICO.

¿Por qué gemidos del profundo exhalas,
triste Jerusalem? Por tus mejillas
labrando surcos vá perene llanto:
desnuda de tu pompa y de tus galas,
doblas sobre ceniza tus rodillas:
los peregrinos que el suave encanto
admiraron ayer de tu belleza,
hoy con dolor y espanto
vuelven, al ver tu rostro, la cabeza.

El venerable sacerdote Onías
por las desiertas, silenciosas calles
con los brazos cruzados triste vaga.
Los palacios risueños otros días,
tumbas parecen de sombríos valles.
Olvidando Salem su propia llaga
consuelos al Pontífice aventura:
para mirarle asoman su alba frente
las hijas de Sion por las ventanas:
intentan ocultarle su amargura
falaz moviendo el labio sonriente.....
Mas ¡ay!.... ¡Porfías vanas!
Las venerables canas,
los fríos lábios con la pena mudos;
del sacerdote los hundidos ojos
que la postrera lágrima agotaron;
sus flacos pies desnudos
que huellan impasibles los abrojos,
las santas vestiduras que rasgaron
las manos del dolor; todo acrecienta
del pueblo la aflicción; y cual rebienta
súbito en rayos, en granizo y lumbre
la nube, y lanza el peso que la oprime,
clama de pronto y gime
desesperada ya la muchedumbre.

«¿Con qué es verdad, gritaba,
con que las joyas del suntuoso templo,
y de miseros huérfanos el oro,
que cada padre en ti depositaba,
dando de sobriedad insigne ejemplo;
con que nos roban ¡ay! ese tesoro,
que allá en edad madura
los hijos recibían sin usura,

las insaciabiles manos de Heliodoro?
¿Y los lábios de impuras meretrices
han de manchar sacrilegos las copas
del venerado altar? Padre, ¿qué dices,
de tal profanacion? ¿Las santas ropas
del Dios de las naciones
servirán de gualdrapa á los bridones
del tirano procáz? ¿Los infelices
que negro pan al labio escatimaban,
y con ansias prolijas,
una moneda mas os entregaban,
para dotar á sus nacientes hijas,
¿han de ver su caudal que en tantos años
el hambre con sus lágrimas produjo,
de regalo servir á los estraños
que al pueblo insultan con su pompa y lujo?»

«Onías! Dinos.....» —Pero Onías calla.
Hondo murmullo entre la turba estalla,
y en torno del Pontífice se apiña,
cuando el impío cabe el templo asoma,
cual ave de rapiña
sobre azorada y tímida paloma.
Siguele armada bulliciosa gente
penachos y banderas dando al viento,
desnudo el ancho acero de damasco;
y el alazan del bárbaro insolente,
del templo en el augusto pavimento
el mármol bate con ferrado casco.

«Llega, buen viejo, llega,
con impaciente afán grita Heliodoro,
«de las llaves que guardas hazme entrega,
y en mis sacos derrama tu tesoro.»
—«Nunca! ¡Jamás!» Hirviendo de corage
desesperado y ciego el pueblo grita,
y en hórrido oleage,
cual tormentoso piélago se agita.

«¿Puede el Señor tan bárbaros extremos
tranquilo consentir? Responde, anciano.
Si nuestras palmas ver alzarse en vano,
preciso es que dudemos
de la bondad de Dios.» —«Callad, blasfemos,
indignado interrumpe el sacerdote:

muy mas tremendo azote
por nuestro gran pecado merecemos.
Obedeced y orad : solo este escudo
Salem oponga al que oprimirla intente,
y á sus dardos mortíferos desnudo
el pecho varonil audaz presente.»
Dice, y sus ojos vierten blanda lumbre:
al profanado templo se encamina,
y la mal reprimida muchedumbre
ábrele paso, y su cerviz le inclina.

Resignado ademan, silencio grave
Onias muestra al entregar la llave,
anublados con lágrimas sus ojos.
Mientras goza Heliodoro en los despojos
del espléndido altar, los cielos hiende
y rápido descende,
deslumbrador, armado caballero
con flamígero acero,
coraza de oro y casco diamantino,
que arroyos vierte de fulgor divino.
Lluvia de dardos su bridon arroja
al sacudir la clin rizada y roja,
y en vez de espuma férvida, derrama
cuajados copos de abrasante llama.

No hay duda : sonó el hora
en que tremenda ruja y resplandezca
la justicia de Dios : la vengadora
diestra fulmina ya ; y en dónde, en dónde
que sus dardos esquite y no perezca,
la torba faz el violador esconde ?

Súbito con semblante consternado
los hijos del pecado
se abaten contra el suelo,

que á las huellas del ángel se estremece ;
y Onias solo bendiciendo al cielo,
con firme pie tranquilo permanece.

Huir quiere el tirano ;
mas se revuelve en vano :
duro y crugiente azote,
por mas que sangre en sus espaldas brote,
le aplica el ángel con pesada mano.
Se vuelve atrás, y allí como á su frente
el látigo implacable crujir siente :
torna por otro lado,
y allí tambien el caballero armado.
Se multiplican mas y se acrecientan
los ángeles sin fin ; y aceros rojos,
y caballos, y rayos se presentan
do quier que vuelva los turbados ojos.
Y mudo, y ciego, con terror profundo,
arrástrase por tierra moribundo ;
y al exhalar el postrimer aliento,
Onias se aproxima,
sobre su cuerpo tiende el sacro manto,
y á la voz del Pontífice se anima
y levanta la frente con espanto.

«La vida debes hoy al sacerdote,»
al contrito Heliodoro el ángel dice :
«las gracias dale, y al Señor bendice.
De la celeste cólera al azote
señalada tu frente,
sirve á los hombres de terror y ejemplo,
cuando tu labio los castigos cuente
que Dios reserva al que profana el templo.»

F. NAVARRO VILLOSLADA.

REVISTA DEL MES DE ABRIL.

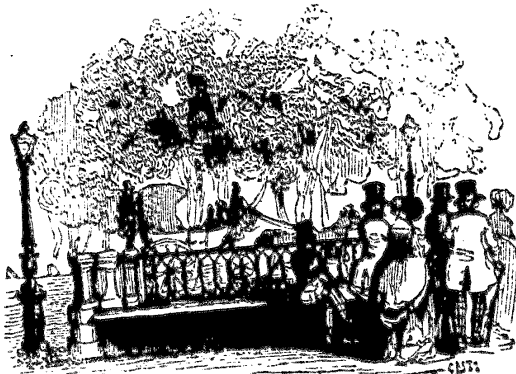
ESPAÑA.

Mucho nos duele en verdad que acontecimientos imposibles de prever no nos permitan cumplir como deseáramos hoy en esta parte de nuestra publicacion ; pero no podemos menos de dar una idea, por pequeña y reducida que sea, del modo en que nos proponemos llevar á cabo seccion tan principal en todo periódico que al nuestro se asemeja. Por lo tanto, confiados en que el público creará de buena fé en la sinceridad de nuestras promesas para lo venidero, nos atrevemos á hacer una ligerísima reseña de lo mas notable que haya ocurrido en el pasado mes de Abril.

Muy en despecho de los continuos desaciertos que diariamente se cometen en nuestra patria, nótese de algunos años á esta parte un principio de vida y de movimiento por toda ella, que aunque progresa lentamente, toma sin cesar notable incremento y mayores fuerzas. La España parece uno de esos desdichados que atacados de una enfermedad peligrosa, tiene sin embargo bastante salud y robustez para vencer, no solamente su dolencia, sino lo que es mas, los terribles efectos de los torpes é inadecuados remedios que tal vez la recetan médicos ignorantes, ó imprudentes empiricos. No ha sido seguramente el pasado mes de Abril, aquel en que haya dado menos indicios de vida. Al contrario ; síntomas se han notado durante el mismo, que si llegan á ser lo que todos creer debemos, darán por fin la salud y la prosperidad á toda la península. Los muchos y atrevidos proyectos que en este mes han sido aprobados por el gobierno, serán, si llevados á cabo, el bálsamo anhelado

que cierre todas sus heridas, que sane todos sus inveterados achaques. El camino de hierro de Avilés á Madrid puede decirse que ha principiado en este mes, y se asegura que pronto le seguirán otros ferrocarriles desde esta corte á Badajoz, á Cadiz, á Alicante, y á Zaragoza, Pamplona y Barcelona. Imposible es calcular el vuelo de nuestra agricultura si alguno se realiza.

Tambien se ha terminado la construccion del puente colgado de cables de alambre sobre el Pisuerga en las cercanías de Duéñas, y sabemos que este puente construido por ingenieros españoles es superior á cuantos le han precedido en España.



En la corte se verifican sin cesar mejoras parciales que con el tiempo van cambiando en un todo su aspecto. La verja que acaba de fijarse en el Prado, es en nuestra opinion linda y bien calculada, y por lo mismo ofrecemos á nuestros lectores un dibujo de ella. También se ha activado como nunca en el pasado mes, el benéfico proyecto de la conduccion de aguas á Madrid, y parece que con felices resultados.

Todo el mundo sabe los adelantos de nuestra imprenta, y las muchas obras buenas y malas que diariamente da á luz; pero no nos es dado pasar en silencio la aparicion de un periódico de que para mengua nuestra hemos carecido por largo tiempo. La *Revista científica é industrial*, es el único periódico puramente científico que en Madrid se publica, y todos debemos desearle larga vida si sus redactores cumplen lo que á sí mismos y al público deben. Sigán con valor la senda que se han trazado y hagan conocer á sus compatriotas que si bien es muy propio que un pueblo cultive con ardor aquellas artes que á su mayor lustre y gloria contribuyen, no por esto es justo abandonar las ciencias que le dan el ser; que no es lícito dejen el oro por el oropel.

El año cómico ha principiado en todas partes bajo felices auspicios. El público madrileño ha vuelto á admirar y aplaudir al actor D. Julian Romea y á la perla de la escena española, y aunque la seria indisposicion de D. Carlos Latorre no ha permitido que se pongan en escena algunas obras originales, todo indica que los aficionados no verán frustradas esta vez sus justas esperanzas. Grave falta seria al hablar del teatro del Principe, pasar en silencio las bien entendidas variaciones que en él se han hecho. La comodidad y lujo de los asientos, la disposicion de los palcos, el nuevo telon de boca, todo es digno de alabanza; pero nada puede merecer nuestra aprobacion con mayor justicia que el haber convertido el indecente portal, en cómodas y decorosas piezas de entrada.

Las empresas de los teatros de la Cruz y del Circo rivalizan entre sí en desprendimiento y celo por satisfacer las necesidades de la capital. En ambos nada se ha escaseado, y gracias á sus esfuerzos cuenta Madrid en el día con dos compañías escogidas de ópera. *Maria di Rohan* es el nuevo *spartito* que ambas han cantado en el pasado mes. Basta el decir que es de Donizetti para saber que es muy lindo. El argumento está tomado del bien conocido drama «*Un desafío ó dos horas de favor*» y si bien es muy defectuoso, no es del todo malo. En cuanto á la ejecucion nada ha quedado que desear en ambos teatros, pues si Guasco ha agradado en la Cruz no ha sido menor el triunfo de Ronconi en el Circo.

También ha habido en el pasado mes besamanos en Pa-



(Alegoría del mes de Abril.)

lacio con motivo del día de Santa Cristina. Estuvo bastante concurrido y lucido, pues la nobleza hace algun tiempo que se complace en ostentar el mayor lujo y boato en semejantes ocasiones. No sabemos por qué, pero al contemplar tanto espléndido tren, tanto brillante bordado, tanta alhaja de valor, se nos venian á la memoria mezquinas abaracas, sucios y rasgados trajes, flacos y azezados semblantes y miserables chozas. En su día daremos á nuestros lectores la exacta descripcion de tan antigua y particular solemnidad.

ESTRANJERO.

Poco interesante ha ocurrido en Inglaterra en el mes de Abril.

La gran cuestion que ahora ocupa todos los ánimos son los caminos de hierro de España. No se nos ocultan á nosotros las grandes ventajas que de ellos sacará aquel

pais, pero creemos que las principales serán para el nuestro.

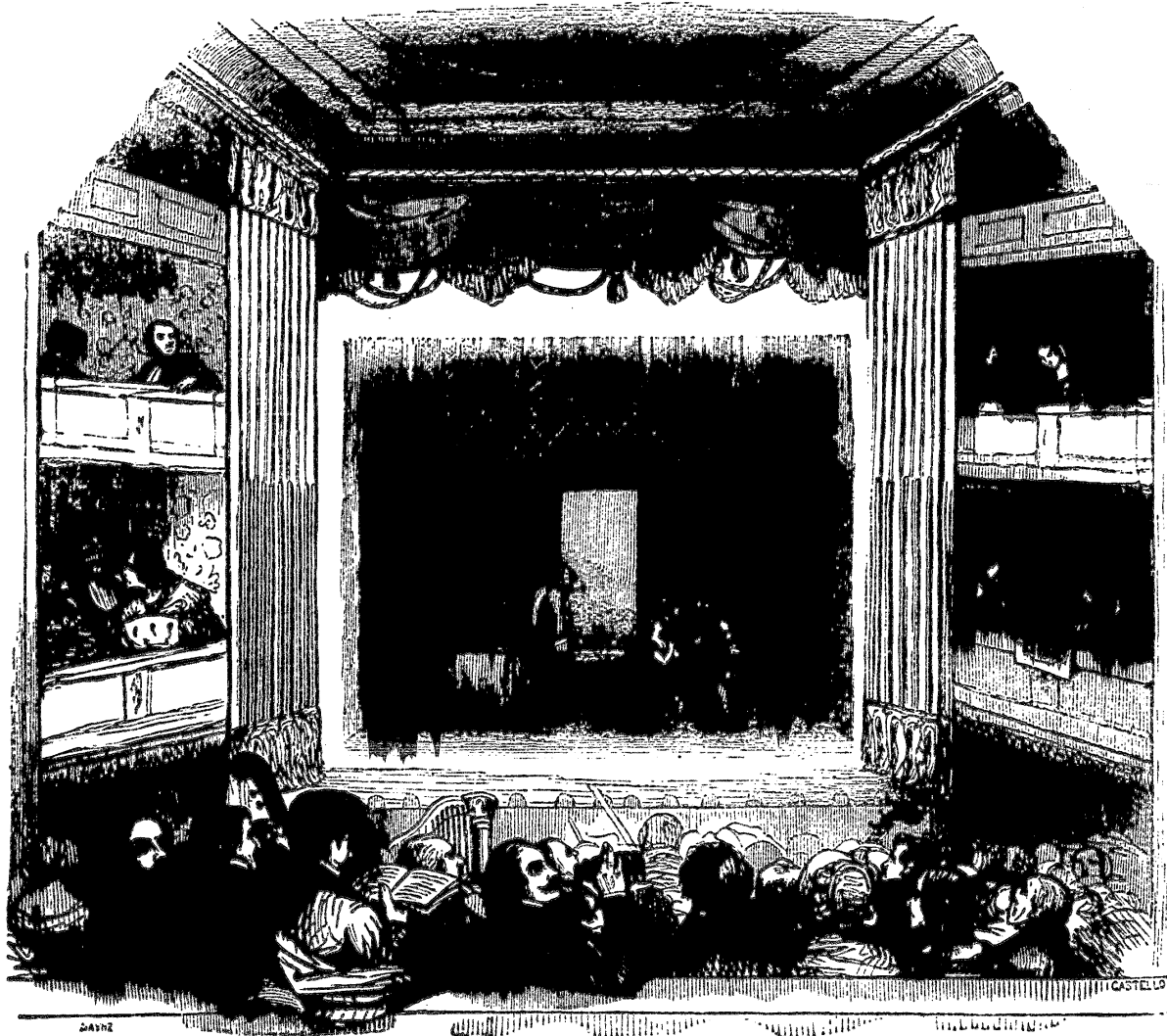
De Prusia sabemos que el famoso Schlegel está de mucho peligro con motivo de la aneurisma en una arteria del corazon que hace años padece este sabio. El Rey le ha mandado su médico, y todos los días una comision de profesores de la Universidad de Bonn (donde reside) y otra de los alumnos, se presentan á ofrecerle sus servicios. Todo el vencidario de la ciudad de Bonn se ha impuesto espontáneamente la obligacion de que no transite carruaje alguno por la calle en que vive el ilustre profesor. Muestras son estas de respeto y de aprecio que no dejarán de escitar entre nuestros literatos lamentos y comparaciones; pero aunque en España es muy probable que nunca se ofreciese al mérito semejante homenaje, también es muy justo tener en cuenta que el *literato* Schlegel no es un *distinguido literato* por haber compuesto algunos miles de versos medianos en forma de dramas, comedias, etc.

Hace quince años que el *drama* creia haber matado para siempre en fiera y singular batalla á la tragedia, y despues que la hubo enterrado en Francia con ceremonias de su gusto y delicadeza, se paseó con la frente ceñida de laureles por toda la redondez de la tierra. Por fortuna la tragedia de Racine, de Corneille y de Voltaire, era inmortal, y lo que se habia creído ser su muerte no era mas que el enojo despreciativo, que al ver puestos en duda sus encantos la hacia retirarse del mundo por algun tiempo. De cuando en cuando ha sabido dar señales de vida y parece que ahora ha vuelto á presentarse en Paris bajo el sencillo nombre de *Virginia*. Mr. Latour Saint Ybars, bien conocido ya por su *Lucrecia* se ha captado de nuevo los unánimes aplausos de los inteligentes con un argumento hábilmente desempeñado y sacado de un asunto bien conocido de la historia Romana. Mucho nos complace en ver que de algun tiempo á esta parte nues-

tros vecinos asisten con mayor ardor á las representaciones de obras clásicas, y aunque nosotros nunca desearíamos ver aplicadas á nuestra lengua é imaginación todas las trabas del teatro francés, tampoco podemos menos de lamentarnos al ver los disparates en que hemos imitado á los extraños, sin cuidarnos de establecer máximas eternas é invariables adecuadas á nuestras circunstancias y que deslindasen sabiamente los límites de lo bueno y lo malo, del génio y de la medianía.

El 7 de Abril falleció en Florencia la viuda de D. José Bonaparte y que un día llegó á verse reina de España y de Nápoles. La muerte de esta señora, tan fuerte en la adversidad como humilde en la fortuna, ha sido muy llorada.

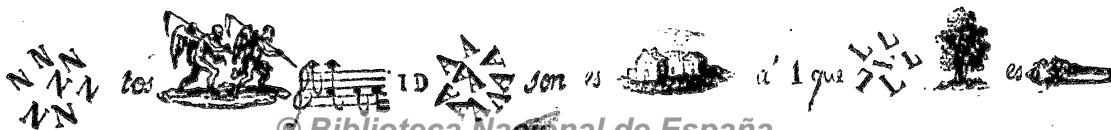
En Constantinopla se ha establecido una compañía de ópera cuyas funciones tendrán lugar por la tarde y con la luz del día. La Gaceta Turca anunciaba para el 2 de Abril «*El Barbero de Sevilla*.» Mucho debemos esperar de este nuevo adelanto en Turquía.



(Embocadura del teatro del Circo de Madrid.—Escena del duo final en la ópera de Maria di Rohan.

JEROGLIFICOS.

Nos proponemos dar desde hoy en adelante, y para mayor recreo de nuestros lectores, una sucesión de jeroglíficos divertidos principiando con el siguiente, cuya esplicacion daremos en el próximo número al proponer el que le siga.



© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España